

**Revista:** Históricas. Boletín de Información del Instituto de Investigaciones Históricas

**Año:** 2001

**Número:** 62

**ISSN edición impresa:** 0187-182X [Versión impresa]

**ISBN de pdf:** [en trámite]

**Forma sugerida de citar:** Históricas. Boletín de Información del Instituto de Investigaciones Históricas, 62 (2001). <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3490>

D.R. © 2024. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

**Entidad editora:** Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

**Correo electrónico:** [departamento.editorial@historicas.unam.mx](mailto:departamento.editorial@historicas.unam.mx)

“Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)”



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: [departamento.editorial@historicas.unam.mx](mailto:departamento.editorial@historicas.unam.mx)

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



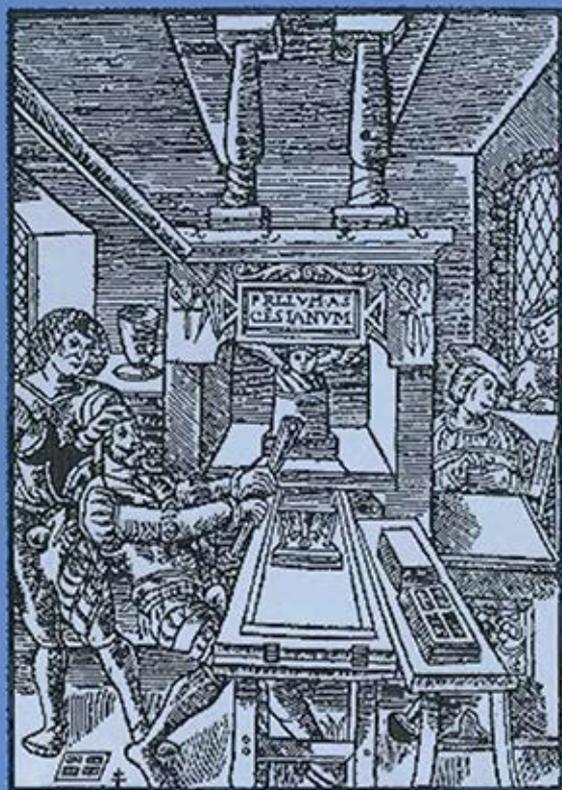
INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



REPOSITORIO  
INSTITUCIONAL  
HISTÓRICAS  
UNAM

# HISTÓRICAS

SEPTIEMBRE-DICIEMBRE 2001



Virginia Guedea  
*Directora*

Alonso González Cano  
*Coordinador de cómputo*

Amaya Garritz  
*Secretaria académica*

María Luisa Flores Garduño  
*Secretaria técnica*

Rosalba Cruz Soto  
*Coordinadora de publicaciones*

Virginia Medina  
*Secretaria administrativa*

Esther Arnaiz Amigo  
*Coordinadora de biblioteca*

Ramón Luna Soto  
*Asesor editorial*

### *Investigadores*

Claudia Agostoni, Felipe Ávila Espinosa, Johanna Broda, Rosa de Lourdes Camelo, Víctor M. Castillo Farreras, Felipe Castro, José E. Covarrubias, María José García Quintana, Amaya Garritz, Virginia Guedea, Patrick Johansson K., Miguel León-Portilla, Victoria Lerner Sigal, Janet Long Towell, Martha Loyo, Teresa Lozano, Leonor Ludlow, Pilar Martínez López-Cano, Carlos Martínez Marín, Álvaro Matute, Alicia Mayer, Ivonne Mijares Ramírez, José Luis Mirafuentes, Josefina Muriel, Federico Navarrete, Laura O'Dogherty Madrazo, Sergio Ortega Noriega, Guilhem Olivier, Patricia Osante, Miguel Pastrana, Enrique Plasencia, Ignacio del Río, J. Rubén Romero Galván, Javier Sanchiz, Elisa Speckman, Marcela Terrazas, Ernesto de la Torre Villar, Evelia Trejo, Carmen Vázquez M., Silvestre Villegas Revueltas, Gisela von Wobeser, Carmen Yuste

### *Técnicos académicos*

Rosalba Alcaraz Cienfuegos, Esther Arnaiz Amigo, Fernando Betancourt M., Guadalupe Borgonio Gaspar, Cristina Carbó, Rosalba Cruz, Alfredo Domínguez Pérez, Carmen Fragano, Alonso González Cano, Miriam Izquierdo, Roselía López Soria, Javier Manríquez, María Teresa Mondragón, María Luisa Reyes Pozos, Ricardo Sánchez Flores, Juan Domingo Vidargas del Moral

## HISTÓRICAS

---

Virginia Guedea  
*Directora*

Elisa Speckman  
*Editora*

Rosalba Alcaraz  
*Secretaria de redacción*

*Comité editorial*  
Johanna Broda  
Rosa de Lourdes Camelo  
Janet Long Towell  
Martha Loyo  
Teresa Lozano  
Carlos Martínez Marín  
Álvaro Matute  
José Luis Mirafuentes  
Ernesto de la Torre Villar

Portada e ilustraciones: Francisco Esteve Botey, *El grabado en la ilustración del libro. Las gráficas artísticas y las fotomecánicas*, 2 v., Madrid, Doce Calles, 1996. Para cualquier asunto relacionado con *Históricas*, favor de dirigirse a: Dra. Virginia Guedea/ Dra. Elisa Speckman, Instituto de Investigaciones Históricas, Circuito Maestro Mario de la Cueva, Ciudad Universitaria, 04510, México, D. F. Teléfono y fax: 56-65-00-70. Correo electrónico <<http://serpiente.dgsc.unam.mx/i/h/>>. Composición electrónica: Sigma, Servicios Editoriales, en tipo Goudy OlSt BT de 11:12, 10:11 y 9:10. Impresión: Hemes Impresores. Tiraje: 500 ejemplares. Edición al cuidado de Rosalba Alcaraz.

---

# HISTÓRICAS 62

BOLETÍN DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS, UNAM. SEPTIEMBRE-DICIEMBRE, 2001. ISSN 0187-182X

## CONTENIDO

---

### PRESENTACIÓN

---

### ENSAYOS

El campo de la historiografía hoy: una nueva manera de preguntar  
*Fernando Betancourt Martínez* . . . . . 3

México y los Estados Unidos en la era colonial: retos de la historiografía comparada  
*Alicia Mayer* . . . . . 17

---

### DOCENCIA

Competencias académicas de los tutores de la maestría y el doctorado en Historia de la UNAM  
*Adrián Martínez González, Javier Laguna Calderón, José Rubén Romero Galván, Rosaura Ruiz Gutiérrez y María Concepción García Sahagún* . . . . . 29

---

### NOTAS DEL IIIH

Premios y distinciones . . . . . 39  
Obtención de grados . . . . . 39  
Eventos . . . . . 39

---

### PUBLICACIONES

#### *Presentación de libros*

Claudia Agostoni y Elisa Speckman (eds.), *Modernidad, tradición y alteridad. La ciudad de México en el cambio de siglo (XIX-XX)*  
*Álvaro Matute* . . . . . 40

#### *Reseñas*

John W. O'Malley, *Trent and all that*  
María Cristina Camacho de la Torre . 43

*Novedades editoriales del IIIH* . . . . . 48

---

## PRESENTACIÓN

Este número, coordinado por Alicia Mayer, está dedicado a la historiografía, área que se preocupa por la escritura de la historia o los discursos e interpretaciones en torno a los sucesos, la manera de entender los cambios y la formulación de conceptos teóricos alrededor de ellos. Asimismo, éste es un campo muy significativo dentro del Instituto de Investigaciones Históricas, pues representa una tradición que se remonta ya a varias generaciones.

Existen diferentes formas de entender y de acercarse a la historiografía, y los trabajos aquí reunidos ejemplifican dos de ellas. En el ensayo intitulado “El campo de la historiografía hoy: una nueva manera de preguntar”, Fernando Betancourt —con base en la obra de Michel de Certeau— cuestiona las condiciones de posibilidad del saber histórico, introduciendo el concepto de contingencia en la construcción de representaciones y hablando de “historizar a la historiografía”, es decir, mostrando la historicidad tanto de la escritura de la historia como de las operaciones que sustentan a la disciplina. Por su parte, el trabajo de Alicia Mayer, “México y los Estados Unidos en la era colonial: retos de la historiografía comparada”, se aproxima a la producción historiográfica comparativa, modelo que permite comprender y profundizar tanto experiencias comunes como divergentes, abordándolas a través del discurso histórico y de su relación con los eventos que constituyen el objeto de estudio. Tras examinar las experiencias de historiadores que han realizado este ejercicio y lamentando que para el caso de México y Estados Unidos todavía exista una gran carencia de trabajos de este tipo, la autora expone resultados sumamente enriquecedores y nuevos cauces para la interpretación de la historia de ambos países, concluyendo que se trata de un quehacer que “tiene mucho que ofrecer respecto de otros modos de abordar la historia, sobre todo los más cuantitativos”.

A problemas o temas relativos a la historiografía reciente responde también la reseña incluida en este número, en la cual Marfa Cristina Camacho presenta el libro de John W. O'Malley, *Trent and all that*, obra que analiza la historiografía europea en torno al tema de la Contrarreforma. □

---

## ○ ENSAYOS

### El campo de la historiografía hoy: una nueva manera de preguntar

Fernando Betancourt Martínez  
Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

---

El presente artículo pretende acercarse al llamado *giro historiográfico*<sup>1</sup> que se presenta, desde el horizonte de pensamiento contemporáneo, como una nueva modalidad de autodescripción de la disciplina histórica. Se denomina giro historiográfico a una actitud reflexiva que se cuestiona sobre las condiciones de posibilidad del saber histórico. Se entiende como reflexividad el procedimiento que disuelve toda evidencia, que busca mostrar la historicidad de lo que se presenta como *lo dado* o preexistente. Frente a las posturas naturalistas que parten precisamente de lo dado, la reflexividad consiste en tratar a *lo naturalizado* como una construcción cuyas formas de articulación tienen contornos históricos. Así, introduce la dimensión de contingencia al nivel de la construcción de representaciones y, por tanto, historiza lo que la historiografía tradicional consideraba como evidencias y supuestos, es decir, elementos apriorísticos cuya cualidad consistía en no ser susceptibles de justificación o clarificación.

La exigencia que se desprende con la introducción de la contingencia consiste en desvelar todo el sustrato de pre-supuestos que eran o simplemente ocultos o bien, en el mejor de los casos, sostenidos como elementos intemporales sin valor teórico para las operaciones cognitivas. Por tanto, historizar a la historiografía se entiende como la necesidad de mostrar la historicidad de la escritura de la historia y de las operaciones que sustentan a la llamada disciplina. Ahora bien, desde esta problemática se muestra la importancia que tiene formular un nuevo perfil de interrogaciones que asuman la exigencia de reflexividad y contingencia. En ese sentido, si hay un giro historiográfico es porque se ha pasado a

---

<sup>1</sup> Para profundizar en las implicaciones de esta noción, véase el artículo de Alfonso Mendiola, "El giro historiográfico: la observación de observaciones del pasado", en *Historia y Grafía*, México, Universidad Iberoamericana, n. 15, año 8, 2000, p. 181-208. Sin duda derivada del denominado "giro lingüístico", comparte con éste el rechazo a toda teoría de la verdad como representación o correspondencia directa entre enunciado y realidad. Se descubre con ello la importancia de los sistemas de mediación que articulan toda interpretación sobre la realidad, siendo central para la historia la *mediación de significado* pues es la que permite entender las operaciones que se llevan a cabo en la tarea de producir conocimientos sobre el pasado.

---

una nueva manera de preguntar sobre los implícitos del saber, sobre los puntos ciegos y sobre el campo de *latencia*<sup>2</sup> que han quedado oscurecidos por más de doscientos años de historia moderna de la historia. La obra de Michel de Certeau se nos arroja como un complejo de interrogación que señala el umbral del desplazamiento en el que ahora estamos. Aquí quiero mostrar la riqueza que implica esa nueva manera de preguntar, pues, como ya nos lo enseñó Gadamer, la pregunta siempre tiene primacía; nunca deja de ir por delante de nosotros, siendo elemento central de nuestro *estar en el mundo: es rotura de evidencias* y, por tanto, forma de experiencia primordial.

### *La pregunta como pasión: el arte de la cuestión*

Michel de Certeau abre su ya famoso capítulo "La operación historiográfica"<sup>3</sup> con una interrogación que marca su recorrido problemático: *¿cómo se hace la historia?* Puntualizo, no se trata de saber en qué consiste el cuerpo y el objeto de una disciplina, en medir los márgenes de objetividad que ella misma se da y el territorio sobre el que se desplaza. Más bien, interrogar la práctica que rige un oficio permite dibujar otro conjunto de cuestiones que han sido ocultadas como una afrenta al proyecto racionalista del conocimiento moderno. Para la historiografía tradicional, el sentido de reflexionar sobre los productos de una labor pretendidamente científica ha buscado, como objetivo central, delimitar y justificar las modalidades por las cuales se conoce el pasado. Heredera de una tradición epistemológica nacida en el siglo XIX, tiene como sustento partir de una ruptura inicial, aquella que separa el sujeto de conocimiento de su objeto de estudio.

Tal ruptura da pie a una visión *sustancialista* que consiste en una proyección del estatuto que se le otorga al objeto. Así, en tanto se parte de que existe una sustancia previa, preexistente a la labor de conocimiento y en donde se vendrían a posar las diversas aproximaciones a su condición verdadera, se vuelve posible sostener el pesado edificio disciplinario que dará cuenta de ella. De tal manera que, tomando como marco este postulado, se define a la historia en tanto objeto como una materia no posible de justificación y a partir de la cual sólo resta definir las vías de acceso a su estudio. La pregunta *qué es la historia* interroga no al objeto de estudio, pues tal figura como elemento previo sólo es susceptible de descripción o explicación, sino a los contenidos y límites de un saber determinado. La historiografía, que se presenta como análisis histórico de las interpretaciones sobre el pasado, parte precisamente de

<sup>2</sup> *Ibidem*, p. 204-205.

<sup>3</sup> Capítulo II de su libro *La escritura de la historia* que fue incluido, en una versión abreviada, en el volumen I de la edición en castellano de *Hacer la historia*, dirigida por Jacques Le Goff y Pierre Nora (Barcelona, Laia, 1985).

---

esa forma de interrogar: busca delimitar las condiciones de validez que han guiado las historias construidas, es decir, contadas, por los hombres en diferentes épocas.

Como puede notarse, el juego de distinciones señala un equívoco sobre el cual se establece un papel determinado al estudio historiográfico. Se nos enseña que la noción historia engloba una división básica: por un lado, localiza el ámbito de lo *vivido* en una proyección temporal; por otro, designa el espacio que permite su análisis. De tal suerte que dividir campo histórico y campo de conocimiento histórico tiene como efecto separar el proceso de investigación de la serie de acontecimientos que constituyen lo histórico. Es pues un proceso de deshistorización por el cual el saber, que se construye en el presente, se asume como independiente, externo, respecto de su objeto ubicado en el pasado. La división tajante entre pasado y presente sería, entonces, la condición de posibilidad que permite a la historia definirse como productora de conocimientos científicos.

En esta concepción se prioriza un sentido de la historia como acontecer o suceder de acciones y estructuras, el cual a su vez se constituirá como el campo de estudio (lo "real" histórico) del historiador. Este objeto deberá ser abordado de manera metódica por medio de investigaciones "empíricas". Entender y explicar el proceso histórico mediante este modelo de "ciencia" será el objetivo de la historia.<sup>4</sup>

Desde este horizonte de problemas, que postularon la pertinencia de la historia como saber objetivo desde el siglo XIX, se produce una relación de subordinación entre el proceso de investigación y los estudios historiográficos. En tanto el primero tiene como fin dar cuenta de la realidad pasada y los segundos señalar las condiciones por las cuales progresivamente se afinan las preguntas y los métodos de las historias de los historiadores, se asume que la historiografía es un tipo de estudio secundario cuya tarea sólo tiene sentido si está en relación con la labor central: producir conocimientos cada vez más objetivos sobre la realidad pasada. La separación y jerarquización entre historia e historiografía, por tanto, se encuentra basada en la suposición axiomática de que es posible formar un cuadro objetivo de los *hechos* porque hay en el pasado una especie de núcleo duro posible de conocimiento metódico. En este trabajo de producción cognitiva juega un papel destacado un presupuesto ligado a la anterior suposición: la escritura tiene el poder de reproducir o reflejar fielmente la realidad, cualquiera sea ésta, porque las palabras (sobre todo las usadas por las ciencias) están dotadas de una gran capacidad de representación. Detengámonos un poco en estos dos postulados.

---

<sup>4</sup> Alfonso Mendiola y Guillermo Zerméño, "De la historia a la historiografía. Las transformaciones de una semántica", en *Historia y Gesta*, n. 4, año 2, México, Universidad Iberoamericana, 1995, p. 248.

---

*La despedida del método o el adiós a los fundamentos trascendentales*

Empecemos con el postulado del conocimiento metódico. Si hasta hace poco el estatuto científico de la historia dependía de su adscripción, como fundamento, a los contenidos epistemológicos que autorizaban su calificación objetiva, son estos los que han perdido relevancia tanto por una tradición crítica que vulneró sus evidencias como por el cambio mismo en la forma de autoobservación de la sociedad actual. En general es posible definir la transformación como un proceso por el cual son tematizados los contenidos y las evidencias epistemológicas de manera histórica cuando se presentaban como elementos invariables (ahistóricos) que sólo requerían aplicación estricta. De la validez universal de los procedimientos científicos que escapaban a toda justificación, se pasó a una situación en la cual se valoran sus condiciones relativas y limitadas. De ahí que se postule ahora que los conocimientos obtenidos de manera metódica dependen de lo que es pensable en una sociedad determinada y éste es un marco del cual no pueden escapar, pues define de antemano sus elementos operacionales (verdad, realidad, observación, experiencia, etcétera).

Los pretendidos fundamentos epistemológicos de la historia suponen la puesta en marcha de un "metodologismo cientificista", pero también una perspectiva de tipo ontológico que descansa en la "teoría de la acción intencional"<sup>5</sup> y por la cual las actividades de los sujetos sociales son pensadas en función de los propósitos, explícitos e individuales primero, implícitos y colectivos después. Si en el segundo se adhiere una condición inconsciente en las acciones sociales no por eso dejan de ser susceptibles de explicación por parte del investigador.<sup>6</sup> Tanto la epistemología como la ontología se coordinan y complementan en la tarea de conocer con precisión el pasado social a partir de una serie de principios generales que son radicalizados por el positivismo, pero de los cuales no logran desprenderse aún las posturas críticas a él. Primero, la objetividad depende de la desaparición o limitación de la subjetividad del historiador. En el caso de las posiciones que aceptan que la investigación histórica depende del tipo de preguntas que el historiador formule, es decir, que existe un tipo de afectación del presente sobre el pasado, de todos modos continúan sometidas sin reservas al esquema dualista de sujeto-objeto.

Segundo, tal esquema sólo puede ser operativizado por medio de un método, es decir, el logro de objetividad está en función de una serie de pasos ligados por una secuencia lógica y progresiva que significa, finalmente, un intento por

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 252.

<sup>6</sup> "¿No sería esto, por lo demás, lo que 'traiciona' la referencia de una historiografía conservadora a un 'inconsciente' dotado de una estabilidad mágica, y cambiado en fetiche por la necesidad que se tiene 'a pesar de todo' de afirmar un poder propio que 'sabemos bien' que hace tiempo desapareció?" Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, 2a. edición revisada, traducción de Jorge López Moctezuma, México, Universidad Iberoamericana, 1993, p. 80-81.

---

suprimir el lugar desde donde se hace la ciencia, esto es, el lugar social del conocimiento. Tercero, la temporalidad es vista como marco taxonómico que ordena una sucesión de eventos. El efecto más importante de este principio consiste en reducir la cuestión de la temporalidad a simple cronología. En el sentido en que permite ordenar por medio de una línea que progresa sobre la distinción pasado-presente puede decirse que cosifica la muerte misma. La cosificación del pasado es la manera de instaurar una materialidad separada y dispuesta para la infinita curiosidad científica. Cuarto, a tal objeto de conocimiento se lo presume en una situación de separación respecto del sujeto investigador. Sobre esta distancia se proyecta un acceso al pasado como cosa sin mediación alguna, salvo los acervos y fuentes históricas, pero en este caso la mediación es rebajada al nivel de un intermediario más o menos veraz de la realidad documentada. La mediación a la que se hace referencia está dada por la utilización de un lenguaje por parte del historiador pero también a la presencia de otro lenguaje que proviene del pasado y que se lee en las fuentes; en otras palabras, no hay relación inmediata con el hecho histórico o con los acontecimientos pasados. Quinto, la historia es asumida como una ciencia de tipo "observacional, es decir, se basa en una teoría de la verdad empírico-observacional o de la correspondencia".<sup>7</sup>

La pérdida de evidencia de estos principios corresponde a otro nivel de observación que no se agota en la crítica inmanente a los contenidos y elaboraciones cognitivas. Aquí la noción de crítica alude menos al desenmascaramiento de una falsedad y su sustitución por posturas más justificadas que a las condiciones de posibilidad de las ciencias mismas. El cambio va de una visión inmanente que se contenta, la mayoría de las veces con una crítica metodologista, a otra perspectiva que busca delimitar los ámbitos sociales que permiten la existencia de la historia como disciplina. Con esto se produce un acercamiento a lo que ya era señalado por la Escuela de Frankfurt en su momento, particularmente por Horkheimer: no es posible encontrar salidas a los problemas propios de la teoría del conocimiento desde los límites de tal teoría; más bien, evadir el *fundamentalismo* que la sostiene requiere verla como parte de una teoría social.<sup>8</sup> Lo que está en discusión es precisamente qué puede entenderse hoy por teoría social. Aun así, es posible decir que tal cambio de perspectiva pone en serios aprietos los principios anteriormente descritos.

En ese sentido, la disposición dualista sujeto-objeto carece ya de toda pertinencia y también sus derivados, como la oposición objetivo-subjetivo. No se trataría de volver con ello a situaciones anteriores que sólo harían recaer la explicación sobre uno de los dos componentes, ya sea una subjetividad trascendente que se expresa por medio de universales abstractos o, a la inversa, por una empiricidad anclada en particulares concretos. Lo que está en entredicho

---

<sup>7</sup> Alfonso Mendiola y Guillermo Zermeño, *op. cit.*, p. 252-253.

<sup>8</sup> Thomas McCarthy, *Ideales e ilusiones: reconstrucción y deconstrucción en la teoría crítica contemporánea*, traducción de Ángel Rivero Rodríguez, Madrid, Tecnos, 1992, p. 52.

---

es la posibilidad de fundamentar el proceso de conocimiento sobre un ámbito esencialista, cualquiera sea éste. Por otro lado, si se trata de escapar de la disposición metodologista que termina reduciendo la teoría cognoscitiva a simple utilización metódica de procedimientos establecidos, lo que cobra importancia es el lugar del saber como problema epistémico. Aunado a ello, se busca reproblematicar la dimensión temporal sin recurrir a la división entre un pasado cosificado y un presente dotado de las suficientes artes para objetivarlo. Si no es requerido más el juego de oposiciones, cobra importancia mayor el tema de las mediaciones por las cuales se dibuja la extrañeza del trabajo del historiador. Más que ser una labor que relaciona el pasado real (hechos históricos) con las pautas de su explicación, se sostiene como un trabajo que pone en relación significantes diversos. Inicia con lenguajes y termina con lenguajes, es decir, encuentra en su apertura los textos de los que se alimenta (fuentes) y, más aún, convierte en texto aquello que no es escritura, al tiempo que entrega la forma de sus resultados en otros textos.

### *El estatuto de la escritura científica*

Veamos ahora el segundo postulado, el de la correspondencia entre enunciado científico y realidad. Para la perspectiva epistemológica la cuestión se agota en pensar sobre las modalidades que puedan generar enunciados verdaderos. Desde esta obligación el problema consiste en cómo tratar al lenguaje desde un grado de formalización que requieren las ciencias para su tarea cognoscitiva. En la medida en que se doten de conceptos y nociones no ambiguos, es decir, alejados de las palabras cotidianas y polisémicas, pueden estar en condiciones de conocer la realidad de manera más exacta. Es necesario, por tanto, depurar analíticamente la escritura y dar pie a la construcción de un proyecto de lenguaje científico convertido “en el reflejo exacto, el doble meticuloso, el espejo límpido de un conocimiento [...] que sería mantenido al ras de lo que se sabe”, de ahí la exigencia de introducir la lógica formal y la simbólica con el fin de encontrar un discurso “transparente al pensamiento en el movimiento mismo que le permite conocer”.<sup>9</sup> Se trata, por tanto, de encontrar las condiciones de depuración de la escritura que aseguren su conexión con la realidad y frente a las cuales la historia se encuentra en una situación de desventaja pues el grado de formalización al que llega es sumamente bajo; en todo caso, esto es más bien característica generalizada de toda ciencia que se presenta como humana.

En sus análisis sobre la escritura de la historia, De Certeau se ubica en un contexto de pensamiento amplio que muy bien puede caracterizar la segunda mitad del siglo XX. Frente a una crítica de la razón en general y para la cual toda

---

<sup>9</sup> Michel Foucault, *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*, 24a. edición, traducción de Elsa Cecilia Frost, México, Siglo XXI, 1996, p. 290-291.

---

referencia a la actividad de carácter científico tenía que ubicarse en el problema de cómo dilucidar las condiciones necesarias para la producción de conocimientos verdaderos, se fue desarrollando desde distintas perspectivas (las filosofías del lenguaje, la semiótica, el psicoanálisis, etcétera) un problema diferente que supuso romper con la tradición filosófica occidental: ahora se busca pensar sobre las condiciones de posibilidad de la formación de enunciados con sentido.<sup>10</sup> Lo anterior permitió redefinir los límites mismos de las ciencias y su papel en las sociedades modernas, pues si las llamadas ciencias sociales y humanas pueden sostener la pretensión de acceso al mundo y a los seres humanos esto se debe a que son, antes que otra cosa, productoras de escritura, es decir, se encuentran determinadas por un uso particular del lenguaje. Constituyen, por tanto, una figura propia de la modernidad cultural en tanto que, al separar tajantemente la escritura de la oralidad, prescriben la producción misma del sentido por medio de la producción de grafías. Con ello se deja de lado la reflexión sobre la conciencia como marco central para la aprehensión del mundo de las cosas y se pasa al reconocimiento de la importancia del lenguaje en la constitución de los saberes.

De ser un elemento accesorio y no fundamental en el proceso de conocimiento, postura que bien puede denominarse *instrumentalista*, el lenguaje adquiere legitimidad como cuestión teórica central. Desde este nuevo espesor que adquiere el lenguaje en la modernidad, uno de los problemas que emergieron como determinante es aquel que se aboca a dilucidar la relación entre escritura y mundo, entre representación y *realidad*. ¿Cómo pensar su relación fuera de toda solución de correspondencia o adecuación? En la actualidad se ha llegado a una suerte de consenso más o menos generalizado y por el cual se valora a la escritura no a partir de su capacidad de reproducir lo que se encuentra más allá de sí misma (referente material), en tanto la realidad es asumida como construcción significativa y cambiante de acuerdo con el contexto cultural. Ni la realidad es una sustancia invariable ni la escritura puede encallar en una verificación externa que la acredite; con esto se pasa a una situación que inaugura nuevos caminos que tienen grandes implicaciones para nuestro oficio. Así, para el caso de la historia, se sostiene que ésta no puede ser verificada en un referente externo pues, como narración dependiente de un código, lo que produce son *efectos de realidad* en términos estrictamente discursivos.<sup>11</sup> Lo que se cuestiona

---

<sup>10</sup> Alfonso Mendiola, "Michel de Certeau: la búsqueda de la diferencia", en *Historia y Grafía*, n. 1, año 1, México, Universidad Iberoamericana, 1993, p. 26. Precisamente, el título de este artículo supondría que en los escritos de De Certeau jugaría un papel crucial la dimensión de alteridad ocultada por los análisis epistemológicos tradicionales, de tal manera que la noción de *otredad* permitiría definir a la historia desde una situación muy diferente a la simple operación de construir representaciones fieles del pasado.

<sup>11</sup> "El carácter narrativo de la historia no es tan evidente como pudiera parecer. A menudo, ha sido puesto en duda e incluso negado o modificado con el objeto de que el relato dejara de ser un rasgo necesario de la historiografía. Por ello, hay que realizar un análisis exacto para poner de manifiesto que la dimensión narrativa, en última instancia, nos permite distinguir entre la historia y el resto de las ciencias humanas y sociales." Paul Ricoeur, *Historia y narrativa*, traducción de Gabriel Aranzueque, Barcelona, Paidós, 1999, p. 83.

---

con esta postura, por tanto, es la posibilidad de producir un tipo de conocimiento sobre el pasado cuya objetividad depende, según la epistemología clásica, de la relación de correspondencia o traducción entre enunciado y referente. Entre las palabras y las cosas existe una distancia que no puede ser remontada, salvo para el objetivismo que hace recaer su condición realista en el nexo indisoluble de la palabra con una materialidad dispuesta para la verbalización. Lo que se anhela, de este modo, es encontrar el camino que conduce desde la palabra hacia aquello que designa por fuera del lenguaje, cuando de lo que se trata es mantenerse en el nivel del lenguaje mismo entendido como perteneciente a la esfera de la comunicación.

Ante la dimensión de *naturalización* en la que se ve inmersa la palabra *realidad* habrá que cambiar los términos de la perspectiva: más que lo dado, la palabra designa un proceso de producción no arbitrario, signado por criterios y pautas sociales. En suma, la relación escritura-realidad ha dejado de ser clara y evidente, transformándose en un problema complejo y al mismo tiempo determinante para la forma en la que se piensa actualmente la ciencia en general. Vista desde la cuestión de la escritura, la ciencia se convierte en una instancia que crea funciones o variables para un plano de referencia que ella misma instaura o construye; crea sus propios materiales, los trata y modifica de acuerdo con ciertas pautas convenidas de antemano y esto sólo lo logra al escribirlos en un tipo de discurso. Por eso es posible decir que aquello de lo que habla el discurso (la referencialidad) es instituido desde el propio espacio escriturístico.

### *Hacia una pragmática de la historiografía*

La adscripción de la historia a los postulados, por un lado, del conocimiento objetivo de tipo metódico y, por otro, de correspondencia de la escritura a la realidad que se busca explicar permite entender esa distinción, ya mencionada, entre historia e historiografía. Desde este marco, que la somete a una investigación de "hechos", tarea primaria y esencial, se entiende como historiografía el estudio que busca, ya sea elucidar el contexto en el que escriben los historiadores (entender la relación con su sociedad y momento temporal, con una escuela o teoría determinada, etcétera), ya sea medir la validez de sus investigaciones (fuentes, hipótesis, métodos), ya sea armar un cuadro progresivo sobre avances y problemas no resueltos (estado de la cuestión, historiografías temáticas), ya sea evaluar el papel de un personaje determinado (Juárez, Napoleón, etcétera). En todo caso, es un trabajo realizado a partir de una serie de supuestos y distinciones que no son clarificados ni discutidos. De Certeau nos invita a discutir precisamente estos supuestos, a reflexionar sobre aquello que hacen los historiadores cuando dicen hacer (escribir) historia. Es una invitación a la reflexividad y a la necesidad de convertir la historia-saber en un acontecimiento. ¿De qué se trata este oficio que relaciona el presente con la muerte por medio de activida-

---

des técnicas? "Me hago preguntas",<sup>12</sup> dice De Certeau, asumiendo la incertidumbre (lo contingente) como núcleo reflexivo.

Es este el desarrollo de una inquietud (la inquietud llamada De Certeau) que trata de llevar las condiciones de posibilidad de un trabajo al campo de la reflexividad, entendiendo por ello la necesidad de excavar el suelo de nuestras seguridades, en problematizar lo que hasta ahora se muestra como evidente, todo esto desde la aceptación de una labor interminable que reconoce sus propios límites y la fragilidad del lugar desde donde mira. Una inquietud que se liga a una apuesta: historizar, es decir, convertir en acontecimiento lo que ha sido pensado como algo externo al campo histórico. En efecto, interrogar el oficio del historiador significa hacer de esta labor un acontecimiento. Resulta paradójico que la historia desaloje la cuestión sobre sus propias condiciones de posibilidad cuando parte de esa pregunta respecto de sus objetos de estudio.<sup>13</sup> La noción de acontecimiento, prestigiada de nueva cuenta desde los trabajos foucaultianos, no se ubica en el mismo plano que el concepto "hecho" o "suceso". No refiere a *algo* que ha pasado ni determina la importancia de ese *algo* en una cadena temporal por medio de relaciones causales. Establece, más bien, un campo regular de prácticas en el que emerge, adquiere ciertos rasgos funcionales, se ve inmerso en procesos discontinuos y se articula de cierta manera a otros campos de prácticas institucionales, económicas, etcétera. Más que una sustancia o estado de cosas, pertenece al orden de la relación y del pensamiento.<sup>14</sup> Preguntar por el *cómo* de la historia significa enlazar una práctica (una disciplina), un resultado determinado (un discurso como despliegue narrativo) y la relación que se establece entre estos dos niveles.<sup>15</sup> En efecto, el problema es el de la relación entre un lugar, numerosos procedimientos técnicos y analíticos y un texto.

De tal suerte que el desplazamiento de la perspectiva de la que se parte anuncia una condición relacional para la cual no puede seguirse sosteniendo la oposición historia e historiografía como marco de pensamiento. Antes al contrario, señala una situación en la que el problema general deja de ser cómo se conoce el pasado cuando de lo que ahora se trata es de abordar la forma en la que se construye. Desde este nuevo horizonte problemático es que se vuelve posible

---

<sup>12</sup> Michel de Certeau, *op. cit.*, p. 67.

<sup>13</sup> La historia, en el sentido de ser ciencia humana, no puede producir tal separación pues es "humana, no en cuanto tiene al hombre por objeto, sino porque su práctica reintroduce en el 'sujeto' de la ciencia lo que ya había distinguido como su objeto. Su funcionamiento nos envía del uno al otro polo de lo real". De tal manera que el que conoce y lo conocido se encuentran en una situación de alteración de sus propias fronteras. *Ibidem*, p. 52-53.

<sup>14</sup> "Si el 'hecho' es lo que es aprehendido por la percepción natural y ordenado por el conocimiento (empírico o científico), el 'acontecimiento' es lo que no puede ser percibido ni conocido, lo que sólo puede ser pensado. Mario Teodoro Ramírez, "Deleuze y la filosofía", en *Revista de Filosofía*, n. 97, año XXXII, México, Universidad Iberoamericana, enero-abril 2000, p. 56. "La noción de 'acontecimiento' funciona más bien como un *concepto-límite*, como la idea de lo que ha sucedido realmente, que, como sucede con el nómeno kantiano, se piensa, pero no se conoce." Paul Ricoeur, *op. cit.*, p. 103.

<sup>15</sup> "Por esta razón, entiendo por *historia* esta práctica (una 'disciplina'), su resultado (el discurso), o su relación bajo la forma de una 'producción'." Michel de Certeau, *op. cit.*, p. 35.

---

afirmar que toda historia es finalmente historiografía y esto en dos sentidos. Primero, reconociendo la cualidad productiva que sobre el pasado tiene todo trabajo de investigación y cuya etapa final constituye aquello que los historiadores nos presentan como interpretaciones de los eventos, se sostiene la imposibilidad de escapar de la irreductibilidad de lo vivido a la escritura que lo narra. Nunca un libro de historia podrá indentificarse plenamente con el tema que trata. Por eso puede decirse que sobre la *no-separación* entre sujeto historiador y objeto de estudio se constituye la *separación* entre interpretación y aquello que es interpretado. Es esa la incompetencia de toda interpretación: estar desterrada de aquello que trata. Su condición es la del duelo: "la escritura que le dedico a los discursos míticos de (o sobre) la presencia (de Dios) tiene por condición la de *no formar parte de éstos*". De tal manera que es un faltante el que nos obliga a escribir y que, como afirma Michel de Certeau, "no cesa de escribirse en viajes hacia un país del que estoy alejado".<sup>16</sup>

Segundo, cualquier objeto de curiosidad científica tiene la cualidad de ser construido, producto de una labor que no antecede al trabajo de investigación; no es condición sino resultado de una serie de operaciones técnicas que se desarrollan en el seno de una disciplina. Hay, entonces, la adscripción a un cambio general respecto de las nociones de verdad y realidad con las que se operaban hasta hace poco. No se trata de considerarlas, por una parte, como un fin al que se aspira o, por otra, como elemento que requiere explicación desde una exterioridad, pues ambas, en la medida en que en la actualidad son sustituidas por el problema del sentido, requieren ser reelaboradas desde su dimensión *productiva*: "El problema ya no se presenta de la misma manera a partir del momento en el que el 'hecho' deja de funcionar como 'signo' de una verdad; en el momento en que la 'verdad' cambia de condición, deja poco a poco de ser lo que se manifiesta para convertirse en lo que se produce y adquiere, por lo tanto, una condición '*escriturítica*'".<sup>17</sup>

Me parece que éste es el horizonte en el que se instalan las investigaciones de Michel de Certeau y en donde la cuestión de la práctica toma dimensiones particulares que desdibujan los contornos de una disciplina. Pensar de otro modo el terreno de la historiografía supone introducir este cambio radical de perspectiva que significa, según lo dicho hasta aquí, otro modo de observar un ámbito que no tenía "pertinencia" o "valor teórico"<sup>18</sup> en vista de la búsqueda de cientificidad. Si el régimen de prácticas que ponen en juego los sujetos de las ciencias quedaba relegado como un inconveniente sin interferencia en la cualidad

---

<sup>16</sup> Michel de Certeau, *La fábula mística, siglos XVI-XVII*, traducción de Jorge López Moctezuma, México, Universidad Iberoamericana, 1993, p. 11.

<sup>17</sup> Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, p. 25-26.

<sup>18</sup> La frase es de Michel de Certeau, *Historia y psicoanálisis: entre ciencia y ficción*, traducción de Alfonso Mendiola, México, Universidad Iberoamericana, 1995, p. 86 y 109. Primero la utiliza en relación con el rechazo del lugar social del saber científico (la institución) por parte de las tradiciones psicoanalíticas. En el segundo, al referirse a los "retornos" de las pasiones, de la retórica y de la literatura producidos en los textos freudianos después de haber sido "excluidas en bloque" por la cientificidad positivista.

---

de sus productos, esto se debía a la obligación de medir sólo el valor intrínseco de los enunciados y de habilitar su competencia en términos de verificabilidad referencial. Es, por tanto, una *pragmática* de la historia la que se dibuja en los escritos realizados por Michel de Certeau, trabajo de análisis que comienza con un gesto inaugural (*irruptura instauradora?*): remitir toda escritura al lugar donde se produce. Situando de esta manera el alcance analítico, se nos presenta la imposibilidad de arribar a una interpretación final o privilegiada o, bien, al término de una labor coronada por la posesión de la certidumbre, pues el lugar sólo permite, no da el beneficio de la autoridad definitiva. Y en esta situación se incluye el propio jesuita francés al optar por la apertura, por la “diseminación de las interpretaciones en función de los lugares sociales desde los cuales se habla”,<sup>19</sup> más que por la clausura (el cierre de la palabra) producida por la palabra verdadera.

Para De Certeau pensar las ciencias, y en particular la ciencia histórica, no puede ser una actividad que siga anclada en el tipo de cuestiones relativas a la razón en general ni a los contenidos comunes de la filosofía de la conciencia. Si el esfuerzo analítico debe recuperar las diversas interrogantes generadas por procedimientos diferentes, atendidos a la necesidad de esquivar las aporías y los inconvenientes de la autorreferencialidad científicista, se vuelve plausible tomar distancia de toda elaboración epistemológica convencional. La práctica, como noción operativa, plantea dos órdenes de problemas que atraviesan el conjunto de los textos escritos por De Certeau: la operación escriturística propia de las ciencias modernas (la producción) y el lugar social que le da pertinencia (la institución). Cómo pensar su relación se convierte, así, en la dificultad teórica determinante y de la que se desprenden modalidades reflexivas que no se contentan con las soluciones textualistas ni con las adscripciones sociales a las que se subordinan los intelectuales (clase social, ideología, etcétera).

### *El lugar del texto historiográfico y la operación de producción*

El problema de las ciencias no se agota en el discurso. Durante algún tiempo se sostuvo la idea de una total autonomía textual, de tal forma que los análisis sobre los saberes encontraron sustento en teorías del discurso que lo veían como autosostenido por sus propias reglas internas; esto es, se pensaba que la cuestión del sentido podía ser resuelta sólo atendiendo a su producción escriturística. De la objetividad externa al discurso se pasó a la objetividad prescrita por el texto.<sup>20</sup> No

---

<sup>19</sup> Alfonso Mendiola, “Michel de Certeau: la búsqueda de la diferencia”, p. 21.

<sup>20</sup> Quizá uno de los estudios más importantes elaborados desde esta vertiente, fuertemente influenciada por el estructuralismo, es el libro ya citado de Michel Foucault, *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. En esta impresionante investigación sobre la emergencia de las ciencias modernas, particularmente aquellas que establecen un nexo con el pensamiento antropológico, las ciencias del lenguaje, de la vida y el trabajo, es notorio el énfasis en las formas discursivas que éstas adquieren y por las cuales son susceptibles de tratamiento analítico.

---

es posible desdeñar el hecho de que eso que denominamos ciencias tiene un sustrato material discursivo bajo la forma de lenguajes particulares que siguen determinadas reglas. Como apunta la filosofía analítica, son *juegos de lenguaje* dependientes de códigos que permiten diferenciar enunciados verdaderos de enunciados falsos. Para De Certeau ésta es una dimensión que se debe tomar en cuenta, y en el caso de la historia el código que funciona como productor de enunciados con sentido está determinado por la construcción narrativa. Pero lo anterior es sólo una parte del problema, de ahí su característica relacional, pues hay que abordar, además, su conexión con una serie de prácticas no discursivas que intervienen, aun de manera determinante y por fuera del texto, en la producción y adquisición final del sentido. Y aquí se presenta, aunque desplazada, la cuestión de lo "real" en dos dimensiones:

lo real como *conocido* (lo que el historiador estudia, comprende o "resucita" en una sociedad pasada) y lo real como implicado por la operación científica (la sociedad actual a la que se refieren la problemática del historiador, sus procedimientos, sus modos de comprensión y finalmente una práctica del sentido). Por una parte, lo real es el resultado del análisis, y por otra, es su postulado. [...] La ciencia histórica se apoya precisamente en su relación mutua. Su objetivo propio es el desarrollo de esta relación en un discurso.<sup>21</sup>

Por un lado, la narración o discurso histórico es asumida, en tanto lugar de las representaciones del pasado, como aquello que nos remite a una realidad ya desaparecida, muerta, pero que podemos revivir por medio de este vehículo de la memoria. Por otro, hay una realidad implicada y que corresponde al lugar social que permite (autoriza) la fabricación de las representaciones. En el proceso de reconstrucción de eventos pasados se pone en juego el gesto de historiador que relaciona toda idea, acción, objeto, etcétera, al marco social que la hace posible; pero, de ahí que sea una paradoja, al mismo tiempo que elabora explicaciones por medio de un armazón representativo de la memoria oscurece sus conexiones sociales presentes. Pareciera que la condición de posibilidad de una ciencia está en función de borrar el lugar social de toda reconstrucción histórica, "el lugar del saber". Si se aspira a una historicidad de la historia misma, esto supone abordar el "movimiento que enlaza una práctica interpretativa a una praxis social";<sup>22</sup> en otras palabras, reconocer que nuestro acceso a la realidad pasada se da por medio de textos que la construyen de acuerdo con pautas de sentido propias de nuestro presente conduce a la necesidad de interesarse por las prácticas que gobiernan la producción de los discursos, eso que De Certeau denomina la realidad implicada en las operaciones científicas (técnicas). Con ello se busca enlazar el estudio del mundo de las relaciones textuales con el

<sup>21</sup> Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, p. 51.

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 35

---

mundo de las relaciones de interacción que las vuelven posibles, esto es, ¿cómo abordar el estudio de la articulación entre prácticas discursivas y prácticas no discursivas? El desafío, en palabras de Roger Chartier, consiste en “ligar la construcción discursiva de lo social y la construcción social de los discursos”.<sup>23</sup>

Así, entre la escritura y el contexto se define un tipo de territorio de análisis que bien podía ser considerado el objeto mismo de la historiografía. Esta ya no trata, en su subordinación a la investigación sobre “hechos”, de los procedimientos que permiten dar cuenta del pasado, más bien busca determinar las modalidades por las cuales nos referimos “al mundo pasado por medio de significados”.<sup>24</sup> De tal manera que regresamos a la noción de *operación historiográfica*. En efecto, se dibuja con ello la complejidad de un régimen de prácticas (operaciones) que tienen como fin la producción de interpretaciones históricas, tomando como rasgo histórico no su referencia pretérita sino su ubicación social actual, bajo el entendido de que con esto se plantea el proceso de su fabricación. Responde a una elaboración que se presenta condicionada, primero, al espacio donde se realiza “(un reclutamiento, un medio, un oficio, etcétera)”; segundo, por las diversas herramientas técnicas que se utilizan, es decir, “varios procedimientos de análisis (una disciplina)”, y tercero, por la forma que adquieren los productos “(una literatura)”.<sup>25</sup>

En tal caso, si partimos de que la historia se fabrica debemos aceptar que, en el nivel de las representaciones, no logra reproducir el orden práctico que se gestó en un pasado más o menos remoto, antes bien, cuando pretende hacerlo lo “no dicho” del discurso traduce el orden práctico que lo gobierna, el campo de fuerzas en el que encuentra su lugar y los sistemas de simbolización que le dan sentido. Desde aquello que *no es* (“la agitación de una sociedad, pero también la práctica científica en sí misma”), el discurso historiográfico “arriesga el enunciado de un *sentido* que se combina simbólicamente con el *hacer*. No sustituye la praxis social, pero es su testigo frágil y su crítica necesaria”.<sup>26</sup> Así, el objetivo de la historia, dar cuenta de un pasado (lo real como conocido), no puede seguir ocultando la realidad implicada en sus operaciones y en esto consiste la

---

<sup>23</sup> Roger Chartier, “La historia hoy en día: dudas, desafíos, propuestas”, en *Historias*, n. 31, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Dirección de Estudios Históricos, octubre 1993-marzo 1994, p. 15. Este autor termina su artículo retomando los planteamientos de Michel de Certeau de la siguiente manera: “la historia es una práctica ‘científica’ productora de conocimientos, pero una práctica cuyas modalidades dependen de las variaciones de sus procedimientos técnicos, de las restricciones que le imponen el lugar social y la institución del saber donde ésta es ejercida, o incluso, las reglas que necesariamente gobiernan su escritura”. *Ibidem*, p. 17.

<sup>24</sup> Alfonso Mendiola y Guillermo Zermeño, *op. cit.*, p. 256.

<sup>25</sup> Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, p. 68.

<sup>26</sup> *Ibidem*, p. 64. Más adelante, p. 74-75, De Certeau señala lo siguiente: “Desde este punto de vista, como lo indican las investigaciones de Jürgen Habermas, se impone una ‘repolitización’ de las ciencias humanas; no podríamos dar cuenta de ellas o permitir su progreso sin una ‘teoría crítica’ de su situación actual en la sociedad”. Más aún, la crítica habermasiana a la pretendida neutralidad de los valores epistemológicos descubre una situación diferente, es decir, una no-neutralidad por la cual, incluso las más altas abstracciones cognoscitivas encuentran relación con el cuerpo social.

---

llamada de atención de Michel de Certeau. El campo implícito que la posibilita le otorga prestigio a sus resultados, es decir, las representaciones de lo real, pero esto sólo es posible porque hay un ocultamiento de sus condiciones de fabricación. Es entonces una tensión la que desdibuja los límites tradicionales de la historiografía: ese movimiento que va de aquello que ha de conocerse (el pasado) a la situación desde donde se pretende ese conocimiento (el presente).

A contracorriente de lo que sucede en el panorama de la historia, dominada por la necesidad urgente de cómo encontrar las vías para conocer más y mejor el pasado, cómo salvar las representaciones de los olvidos involuntarios y de las lagunas obligadas por una historia de los vencedores, cómo hacer para construir otras representaciones más completas y por tanto más veraces, De Certeau interroga sobre las condiciones de posibilidad de la historia misma. ¿Qué hay por debajo de la epistemología tradicional aplicada a la historia? ¿Qué vacío se intenta llenar con la recurrencia metódica? ¿Qué es lo que se esconde tras el velo de prestigio social con el que se arropan los historiadores o los intelectuales en general? Sin duda De Certeau peca de indiscreto y se le agradece, pero lo hace apuntando, sobre todo, hacia la necesidad de repensar el oficio desde el campo práctico que lo posibilita, es decir, ¿qué es aquello que los historiadores hacen cuando dicen hacer la historia? La indiscreción aquí consiste en suponer que los criterios de valoración de una disciplina no se miden por su resultado, las representaciones mismas y sus cualidades intrínsecas, sino por todo ese proceso ocultado anteriormente y a partir del cual se fabrican. Esto es, análisis de una producción. □



---

## México y los Estados Unidos en la era colonial: retos de la historiografía comparada\*

Alicia Mayer

Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

---

Si revisamos la producción historiográfica del último siglo, percibimos que hay una tradición constante en la elección del modelo comparativo como metodología del quehacer histórico. Existen estudios importantes que han demostrado las bondades de esta manera de abordar los problemas que atañen a nuestra disciplina. Marc Bloch fue un pionero al valerse, desde el primer tercio del siglo XX, de la comparación para entender procesos históricos.<sup>1</sup>

Muchos son los terrenos en que se puede aplicar el *arte* comparativo, para utilizar la expresión de John Elliott, uno de los historiadores que más se ha empeñado en practicarlo.<sup>2</sup> Así se explican fenómenos sociales, económicos, políticos, lingüísticos y, en general, culturales, según lo muestran las diversas líneas de investigación en Francia, planteadas por la llamada escuela de los *Annales*, en los Estados Unidos, Alemania y Japón. La historiografía comparada ofrece una serie de alternativas para la interpretación histórica. Abre un espacio muy amplio que permite formular hipótesis a partir de nuevos enfoques. Desde el punto de vista teórico, recientemente se han dado interesantes sugerencias como las de Jörn Rüsen, Chris Lorenz, Jürgen Kocka, Daniel Levy, Sebastian Conrad, R. J. Bosworth, Eugene Genovese, Peter Baldwin, Donald Kelley, George Iggers y Rolf Torstendahl, por mencionar a algunos.<sup>3</sup>

---

\* Conferencia presentada el 9 de marzo de 2001 en la Universidad de California, Berkeley. Agradezco al doctor William B. Taylor su interés por que se discutieran estos temas en su seminario de posgrado.

<sup>1</sup> Bloch presentó una ponencia titulada "El método comparativo en historia" en el Centre International de Synthèse el 8 de enero de 1930, que fue publicada en *Revue de Synthèse Historique*, t. XLIX, Paris, 1930, p. 31-39. Consulté la versión traducida por Ciro Cardoso, en *Perspectivas de la historiografía contemporánea*, México, Sep Setentas, 1976.

<sup>2</sup> "I would hesitate to call it a method" expresa el historiador británico. "Comparative history", en Carlos Barros (ed.), *Historia a Debate. Actas del Congreso Internacional Historia a Debate. 7-11 de julio de 1993*, Santiago de Compostela, Gráficas Sementeira, 1995, t. III, p. 17.

<sup>3</sup> De Chris Lorenz, véase "Comparative historiography: problems and perspectives", en *History and Theory*, v. 38, n. 1, February 1999, p. 25-40. También en este volumen de *History and Theory* están contenidos los artículos de J. Kocka, "Asymmetrical historical comparison: the case of German Sonderweg", p. 40-51; de Daniel Levy, "The future of the past: historiographical disputes and competing memories in Germany and Israel", p. 51-66; de Sebastian Conrad, "What time is Japan? Problems of comparative (intercultural) historiography", p. 67-83, y el de R. J. Bosworth, "Explaining Auschwitz after the end of history: the case of Italy", p. 84-99. De E. Genovese, véase "El enfoque comparativo en la historia latinoamericana", en Ciro Cardoso *et al.*, op. cit., p. 34-50. P. Baldwin, "Comparing and generalizing: why all history is comparative, yet no history

---

En este espacio no me importa resaltar la forma en que estos autores emplearon esta herramienta para interpretar la historia, pues resultaría interminable la referencia. Me interesa particularmente ceñirme a la línea comparativa que atañe a la historia de la América sajona y de la hispana, por ser el tema de mi propio interés y donde he obtenido resultados con la investigación realizada en los últimos años. Antes de exponer mi experiencia al respecto, daré un breve repaso del panorama que precede a mi estudio, pues son varios los trabajos que sirvieron de punto de partida para llegar a esas consideraciones.

Por las circunstancias del mundo actual, quizá más que nunca se ha hecho necesario estudiar a los Estados Unidos desde la perspectiva de México. Las constantes aproximaciones, los estrechos contactos interculturales ponen a prueba los fundamentos de la identidad en ambos espacios, aunque quizá América Latina resulte en ello más vulnerable. El historiador puede descubrir nuevas pautas de estudio que suplan o complementen a los modelos anteriores de aproximación a los problemas históricos.

En los años treinta y cuarenta del ya siglo pasado (XX) se dieron ejemplos notables encaminados a la reflexión sobre el devenir de las llamadas "dos Américas",<sup>4</sup> que se convierten en dos unidades de estudio susceptibles a la comparación. Sin embargo, es perceptible una falta de continuidad y periodos de desinterés en la elección del modelo, que se refleja en forma intermitente a través del tiempo. Lewis Hanke, en los años sesenta, hizo una revisión sucinta de los trabajos dedicados a la relación entre las dos Américas.<sup>5</sup> El punto de partida fue la tesis de Eugene H. Bolton, notable bibliófilo, historiador, director de la Bancroft Library y profesor de Berkeley, quien en 1932 sugirió, influido a su vez por las ideas del profesor Bernard Moses, hacer una consideración más amplia de la historia de América que abarcara todo el hemisferio o gran parte de él y subsanar con ello el enfoque meramente nacionalista que imperaba entre sus compatriotas.<sup>6</sup> La idea central de Bolton era que las Américas participaban de una experiencia histórica común. Para validar su punto, trabajó en los contrastes e interrelaciones de los pueblos hispanoamericanos y angloamericanos en Norteamérica, pero, como señala Hanke, desafortunadamente los colegas mos-

---

is sociology"; D. Kelley, "Grounds for comparison", y Rolf Torstendahl, "Assesing professional developments. Historiography in a comparative perspective", fueron conferencias presentadas en Oslo, Noruega, en agosto de 2000. George Iggers hace historiografía comparada en su *Historiography in the XXth century. From scientific objectivity to the postmodern challenge*, Hanover-London, Wesleyan University Press, 1997. Asimismo, cabe destacar la publicación periódica *Comparative Studies in Society and History* de la Cambridge University Press donde regularmente aparecen importantes cuestiones de índole comparativa.

<sup>4</sup> Naturalmente en este tenor, podemos aceptar la presencia de "muchas Américas" y no sólo de la sajona y la hispana.

<sup>5</sup> L. Hanke, "¿Tienen las Américas una historia común?", en *Anuario*, t. I, Universidad Central de Venezuela, Facultad de Humanidades y Educación, año 1964, p. 416.

<sup>6</sup> El discurso de Eugene H. Bolton titulado "The epic of greater America" fue presentado en la Asociación Norteamericana de Historia, en Toronto, Canadá, en diciembre de 1932 y publicado en *American Historical Review*, 38, 1933.

---

traron escaso interés ante sus propuestas. Parece que hubo poco impacto de las ideas de Bolton entre los historiadores norteamericanos. Tan sólo se perciben destellos reflejados en obras como la de Richard Morse y Arthur Whitaker.

La tesis de Bolton no sólo careció de eco suficiente, sino que su bien intencionada llamada de atención fue blanco de un ataque serio por parte del historiador mexicano Edmundo O'Gorman, quien lo acusó de ignorar en su intento comparativo los elementos culturales o "manifestaciones espirituales" que polarizaban tajantemente a ambas entidades. Según él, eran tales las diferencias que, al considerarlas, resaltaría en seguida la imposibilidad de filiar las dos unidades de estudio. No obstante, al exponerlas, también se ponía de manifiesto que el autor recurría necesariamente a la comparación.

El historiador mexicano salió a dar batalla contra la historia que generaliza y en los años que siguieron escribió dos importantes obras donde insistió en la división espiritual de las dos Américas, esbozando algunas otras consideraciones respecto de la historia de ambas partes del hemisferio.<sup>7</sup> Igualmente, puso énfasis en que las diferencias se habían originado con el proceso de colonización, en el cual España, animada por un espíritu medieval tradicional, había heredado sus patrones de vida y pensamiento al Nuevo Mundo, mientras que Inglaterra lo había hecho a sus posesiones con un proyecto exclusivamente moderno. Compararlas, por tanto, nos proyectaría a una aporía irreductible. Ésta fue la conclusión a la que O'Gorman llegó:

América consistió en el programa de actualizar en el nuevo continente una nueva Europa, lo que es obvio, supone el trasplante de la civilización europea a las nuevas tierras. Y es aquí donde procede dar razón de la existencia de las dos Américas, la sajona y la latina, la gran dicotomía histórica americana.<sup>8</sup>

Los planteamientos de O'Gorman derivan de una formación filosófica e histórica que animó a toda una generación que dio brillantes resultados. Mas me atrevo a decir que la separación que formuló al hacer la comparación entre ambas entidades y aceptar las diferencias como elementos absolutos frente a las posibles similitudes se convirtió en un "modelo" exclusivamente bipolar que se aceptó por más de sesenta años en nuestra historiografía, con efectos negativos.<sup>9</sup> Si bien su propuesta, basada en una interpretación dialéctica hegeliana de la historia, incitó a sus colegas y alumnos a redundar en el tema, derivó también en una visión que separaba radicalmente los núcleos que había que analizar, como supuesta tesis y antítesis, dos polos opuestos del deve-

---

<sup>7</sup> *La invención de América*, México, Fondo de Cultura Económica, 1958, y *México: el trauma de su historia*, México, UNAM, Dirección General de Publicaciones, 1977, son los dos libros en los que O'Gorman desarrolla sus ideas al respecto.

<sup>8</sup> E. O'Gorman, *México: el trauma de su historia*, p. 5.

<sup>9</sup> El título mismo del libro, *México: el trauma de su historia*, refleja la imposibilidad de México para cumplir con las expectativas de llegar a la modernidad por su misma herencia histórica que lo obstaculiza.

---

nir histórico de América. Desafortunadamente, la polémica no prosperó al no contestar Eugene Bolton, cuya aproximación comparativa le había hecho pensar —creo que acertadamente— que era posible encontrar rasgos comunes entre estos dos mundos que permitieran un acercamiento. Las diferencias tajantes que señaló su contrincante intelectual petrificaron las alternativas de diálogo, por lo menos dos décadas más.

A pesar de la advertencia de O'Gorman de que las Américas no poseían experiencias comunes susceptibles de un estudio sintético, se promovió en la década de los años cuarenta la creación de un programa general de Historia de América que fue publicado por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia bajo la dirección del historiador Silvio Zavala,<sup>10</sup> a quien debemos también muchas reflexiones sobre la historia comparada. Aunque en este proyecto trabajaron de manera conjunta investigadores mexicanos y norteamericanos, el resultado no fue, en mi opinión, un estudio que lograra el análisis comparativo de manera profunda. El abultado tomo reúne trescientos años de historia colonial, pero el desarrollo social, económico, político y cultural de las diferentes entidades que componen todo el hemisferio (muchas Américas, por así decirlo) se presenta un tanto esquemáticamente para dejarle al lector la tarea de sacar las conclusiones de si existen o no elementos comunes en las diversas experiencias históricas. Además, no puede verse tampoco a toda la América Latina como un gran bloque homogéneo. Pese a la herencia cultural y lingüística que comparten los pueblos que la conforman, no son pocas las características que las distinguen. México tiene en muchos sentidos, un desarrollo muy tangencial al resto de las sociedades latinoamericanas. La *Historia de América* fue una tarea monumental, si se quiere, pues aportó información valiosa de forma condensada, pero reveló también los fantasmas que O'Gorman presagió que aparecerían al querer sintetizar lo que es en sí mismo algo gigantesco.

En México, pocos discípulos y colegas de O'Gorman publicaron resultados que trillarán sobre la dicotomía americana. En la década que le siguió a la publicación del programa de Historia de América (1947), el filósofo Leopoldo Zea y el historiador Juan A. Ortega y Medina prestaron atención a las consideraciones comparativas entre México y los Estados Unidos. Ambos hicieron énfasis en la importancia de la historia de las ideas para la comprensión de la historia de América, muy probablemente a raíz de la crítica que le había formulado O'Gorman a Bolton en este sentido. Es muy sintomático que uno de los primeros ejercicios de Ortega y Medina dentro del oficio de historiar haya sido precisamente su *Reforma y modernidad* (1952), un estudio hasta cierto punto comparativo sobre el modo de ser de España e Inglaterra, portadoras ambas de un programa vital para las Américas. Por su parte, Zea advirtió que "la América latina [era] incomprensible sin su contrapartida, la América sajona; pero a su

---

<sup>10</sup> Silvio Zavala (coord.), *Programa de Historia de América en la época colonial*, resumen en inglés por Max Savelle, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1961.

---

vez, toda la América sería incomprendible sin el Viejo Mundo que la había incorporado a su historia".<sup>11</sup>

Son muy amplias las tesis formuladas por Zea sobre la conciencia de las diferentes Américas y se fundamentan en la historia de las ideas y el método dialéctico. Sin embargo, la línea que me atañe directamente es la que planteó Ortega y Medina, quien durante toda su vida puso atención en temas susceptibles de una consideración comparativa, haciendo énfasis sobre todo en "asuntos de conciencia". Su predilección fue el contraste entre España e Inglaterra y entre sus mundos coloniales, siempre aferrado a la explicación del contexto general donde ubicaba sus unidades de estudio, sin perder de vista el sustrato filosófico, la ética, los perfiles íntimos y las honduras psicológicas. Se orientó a la forma en que se decanta la ideología en el devenir del tiempo y cómo ésta se troca en formas de vida y de pensamiento que se arraigan durante periodos largos de tiempo, o quizá se quedan para siempre.<sup>12</sup>

Si bien los investigadores formados por Ortega y Medina tuvieron interés en abordar la historia de los Estados Unidos desde diferentes ángulos o perspectivas, por lo general, casi no recurrieron a la comparación con México ni a la historia de las ideas como auxiliares para la comprensión histórica. Mientras tanto, en los Estados Unidos los investigadores sí continúan haciendo historia comparada, siguiendo muchas veces la línea de *Annales*, es decir, de Marc Bloch, Henri Pirenne, Lucien Febvre y Fernand Braudel, o bien en busca de nuevos derroteros. Basta mencionar el enfoque dentro del materialismo histórico que realiza Eugene Genovese, quien mide las respuestas particulares de las colonias del Nuevo Mundo a las exigencias del mercado mundial.<sup>13</sup>

En las últimas dos décadas encontramos nuevas preocupaciones en este sentido. La más reciente es la propuesta de John Elliott que sugiere una historia comparada de grandes alcances sobre la colonización inglesa y la española en este hemisferio. Para él, "hay muchas maneras de hacer conexiones históricas, pero creo que de las más prometedoras, aunque también de las más demandantes, es por medio de la historia comparativa".<sup>14</sup> Curiosamente el punto de partida de Elliott fue la misma interrogante que planteó Lewis Hanke en la década de los años sesenta, sobre si tenían las Américas una historia común.<sup>15</sup> La idea

---

<sup>11</sup> Juan A. Ortega y Medina, *Reforma y modernidad*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1999. Leopoldo Zea, *La esencia de lo americano*, Buenos Aires, Pleamar, 1971, p. 8. Los otros libros de Zea, donde redunda en su preocupación comparativa entre las dos unidades de estudio mencionadas, son *América en la historia*, Madrid, Revista de Occidente, 1957, y *Dialéctica de la conciencia americana*, México, Alianza Editorial Mexicana, 1976.

<sup>12</sup> Un estudio interesante sobre la coherencia en la historia de las ideas está en el artículo de Mark Bevir, "Mind and method in the history of ideas", en *History and Theory*, v. 36, n. 2, May 1997, p. 167-189.

<sup>13</sup> E. Genovese, en *Ciro Cardoso et al.*, *op. cit.*, p. 34-50.

<sup>14</sup> "There are many ways of making historical connections, but I believe that one of the most promising, if also one of the most demanding, is by means of comparative history." "Comparative history", en Carlos Barros (ed.), *op. cit.*, p. 9.

<sup>15</sup> Ambos artículos, el de Hanke y el de Elliott, tienen idénticos títulos: "¿Tienen las Américas una historia común?", el de Hanke, *op. cit.*, y el de J. Elliott en *Letras Libres*, año 1, n. 6, México, junio 1999.

---

de que las Américas participaban de una experiencia compartida se desarrolló paulatinamente desde el siglo XIX, cuando la historia emerge como disciplina profesional, aunque ha tenido que recorrer un camino lleno de obstáculos, derivados principalmente de la noción de que nada podían tener en común pueblos tan distintos en etnia, desarrollo, lengua y tradiciones. Los mitos y estereotipos, que a veces rayan en lo caricaturesco, ganaron siempre terreno a los intentos de acercamiento más objetivo.

Como Bolton, Elliott considera que existe una "gran América" que comparte rasgos, lo que la hace tema favorito del historiador que compara. Para él, la historia común de América no existe, siguiendo en esto a O'Gorman, antes de la llegada de los europeos, pues fue, en efecto, "inventada" por los recién llegados como entidad, como concepto.<sup>16</sup> Así "es posible decir que ha sido la influencia europea la que ha marcado a las Américas hasta nuestros días". En este sentido Elliott concluye que, "a pesar de la unidad o diversidad de su experiencia histórica, América sí posee una historia común".<sup>17</sup> El historiador británico no ignora, sin embargo, que existe en el continente una realidad propia en cada entorno que, a su vez, hace a cada lugar del hemisferio distinto de Europa y de las demás realidades americanas entre sí. Para él, hay procesos o tendencias comunes, lo que coincide con lo que Silvio Zavala había propuesto décadas atrás, que la perspectiva americana permite apreciar un cuadro panorámico de experiencias paralelas haciendo que en algunas áreas geográficas ciertas conexiones reales fueran posibles.

Como puede apreciarse, aunque han existido importantes aportaciones que invitan a la reflexión, no hay una producción demasiado extensa de estudios históricos que se valgan del arte comparativo para el caso de México y los Estados Unidos. Es indudable que en ambos países se ha hecho historia comparada, pero desde otros ángulos o perspectivas y no respecto de este fenómeno histórico en particular que demarca las experiencias susceptibles de comparación entre la América sajona y la hispana. Quiero insistir en la importancia de hacerlo sistemáticamente desde México y con otra intención a la que animó a los investigadores de las décadas de los años treinta y cuarenta, más forzados en "competir" con el modelo dictado por el imperialismo, por el éxito fehaciente alcanzado por los Estados Unidos desde el siglo XIX, y posteriormente en medir sus propias fuerzas en una época dominada por la "guerra fría" en que se hacía conveniente, desde el punto de vista político, afiliarse a la ejemplaridad de los norteamericanos. La historiografía en México, considerada desde el llamado "primer mundo" como "periférica", ahora debe proponer espacios para llegar a una historia realmente comprensiva basada en el diálogo y en el énfasis en su propia y diferente identidad.

---

<sup>16</sup> J. Elliott, *op. cit.*, p. 12.

<sup>17</sup> *Ibidem.*

---

Patrick Karl O'Brien hace referencia a estas necesarias aproximaciones en el mundo actual:

Comparaciones y conexiones son los estilos dominantes de la historia global. Ejercidas con sensibilidad, deben aumentar nuestro entendimiento sobre diferencia y diversidad, satisfacer la demanda de perspectiva para aquellos que tratan de comprender tendencias aceleradas hacia la interdependencia y la integración en una escala global y, finalmente, permitir una apreciación menos etnocéntrica de los múltiples logros de más personas, comunidades y culturas en largos espacios de la historia humana.<sup>18</sup>

Toca ahora referir mi propia experiencia en el terreno de la historiografía comparada. En 1998 publiqué un libro, titulado *Dos americanos, dos pensamientos: Carlos de Sigüenza y Góngora y Cotton Mather*, que fue una versión ampliada y revisada de mi tesis doctoral. Lo que resultó fue ciertamente un estudio comparativo, aunque la metodología comparativa no fue un *a priori* de la investigación. En otras palabras, el afán por aplicar un método en particular no fue el punto de partida del análisis. Siempre he pensado que los trabajos tienen muchas veces orígenes más modestos de lo que los lectores creen. Cada historiador construye su historia de acuerdo con una personal experiencia en la investigación, luego el libro cobra vida propia cuando es interpretado por el supuesto lector y, finalmente, quien lo lee emite su juicio sobre el asunto analizado, que no necesariamente concuerda con la idea que originalmente el autor deseaba plantear. Naturalmente las lecturas de Bloch, Braudel, O'Gorman, Ortega y Medina y Elliott recientemente fueron inspiradoras, pero quizá mis fines para utilizar el enfoque comparativo fueron otros. Para empezar, no partí de la pregunta de si las Américas tenían una experiencia común. Sin duda se manifiestan tradiciones comunes reflejadas en costumbres similares, en la formación de una conciencia, en semejantes fermentos sociales, en vínculos intelectuales y morales, etcétera. No creo que la finalidad de hacer el estudio comparativo sea llegar a probar que existe una historia común. En el curso de la investigación se prueba que más bien hay procesos e ideas comunes, pero no tanto una historia común. Me interesó revisar ciertos periodos de la historia colonial tomando como referencia las dos Américas, a través del pensamiento de dos personajes de la época, que ciertamente fueron también representativos de su propio contexto americano. Contrastando la interpretación de ambos, creí que se podía arrojar luz sobre la forma de pensar y de entender el mundo en estas sociedades.

<sup>18</sup> "Comparisons and connexions are the dominant styles of global history. Pursued with sensitivity they should deepen our understanding of difference and diversity, meet the demand for perspective for those trying to comprehend accelerated trends towards interdependence and integration on a global scale, and, finally, allow for a less ethnocentric appreciation of the manifold achievements of more peoples, communities and cultures over long spans of human history". Patrick K. O'Brien, "The status and future of universal history", en Solvi Sogner (ed.), "Making sense of global history", *The 19th International Congress of the Historical Sciences, Oslo 2000. Commemorative Volume*, Oslo, Universitetsforlaget, 2000, p. 31.

---

La elección del tema se dio por lo que Marc Bloch llamó “analogías de naturaleza”; “practicar el método comparativo en el marco de las ciencias humanas consiste —dijo— en buscar para explicarlas las similitudes y las diferencias que ofrecen dos series de naturaleza análoga, tomadas de medios sociales distintos”.<sup>19</sup> De esta manera la comparación fue posible, pues los dos personajes tuvieron en muchos sentidos vidas paralelas y se movieron en espacios determinados por un mismo contexto mundial. Ambos fueron contemporáneos, productos intelectuales de una época en crisis, autores prolíficos, antagonistas religiosos y “nacionales”. Los dos gozaron de fama y reconocimiento, influyeron en las generaciones posteriores, ocuparon una posición privilegiada, se destacaron como humanistas, pertenecieron a una elite, fueron versátiles y un eslabón importante en el desarrollo de la toma de conciencia del papel de América en el devenir universal. En suma, representaron el amanecer de una cultura americana distintiva, lo que también los alejó del ambiente que vivía Europa en ese momento.

Entre más cerca en espacio y tiempo se encuentren las unidades a comparar, más fácil es percibir sus puntos de semejanza y sus diferencias e, inclusive, más aceptables —dentro de un rango de relatividad, por supuesto— serán las conclusiones. El historiador siempre debe manejarse con cautela en este tipo de análisis para no dejarse convencer por apariencias, caer en ideas parciales o unilaterales que lo proyecten a los estereotipos que quiere eliminar. Se debe evitar colocar a los personajes en una balanza, para que el juicio histórico no se incline favorable o desfavorablemente hacia uno u otro lado. Siempre debe animarnos el equilibrio en la interpretación.

No fue mi intención hacer la historia de grandes seres inasequibles por su supuesta grandeza, sino aprender algo de su pensamiento. Había que desentrañar en la medida de lo posible su visión del mundo, que nos llevaría a un plano más alto, es decir, a descubrir la concepción de un núcleo mayor de personas. Así, el estudio comparativo tenía la doble tarea de penetrar, al mismo tiempo, en el legado intelectual de dos hombres, aunque sólo fueran representativos de una elite social y dar una visión de un periodo de la historia colonial de América. Los procesos son ininteligibles si no se profundiza en los pormenores de la vida de los hombres, pero, al mismo tiempo, ésta no se entiende sin el cúmulo de las experiencias pasadas y del contexto.

Aquí debo dar cuenta de algunas dificultades que tuve que sortear. Adentrarse en la vida de los personajes no ofrece tanto problema. Se trata de contemplar acontecimientos en un lapso lineal y muy corto de tiempo, digamos, ochenta años. El reto es rastrear las herencias culturales y la proyección de las influencias para llegar a una síntesis comprensible de la información, mientras se juega en los planos de lo temporal y de lo espacial, por ejemplo, de lo particular (su entorno, su ciudad), a lo local o regional (Nueva España, Massachusetts) y finalmente al contexto mundial (Mundo Atlántico, Occidente, Europa).

---

<sup>19</sup> Cit. de M. Bloch, en *Ciro Cardoso et al., op. cit.*, p. 26, 27.

---

En el trabajo opté por dar un primer espacio a los antecedentes generales de amplio espectro, a los fenómenos generales de los siglos XVI al XVIII, que conforman no sólo el "marco internacional", sino el punto de referencia que origina el modo de pensar de los personajes que interpretan su propio tiempo en respuesta a la herencia cultural que los precede y a la época en que viven. Aquí repaso desde el punto de vista comparativo los diferentes desarrollos de Inglaterra y de España y también de sus ámbitos coloniales. Me interesan esquemas ideológicos surgidos en estas centurias: el desasosiego espiritual presente en el conflictivo periodo Reforma-Contrarreforma y la consiguiente crisis de valores y la defensa que llevaron a cabo estos países de su forma de ser. Mi conclusión en este punto es que el conflicto anglo-hispánico con sus diferencias nacionales se trasplantó al continente americano donde tuvo una vigencia extraordinaria. Quizá podría pensarse que estas interpretaciones, que necesariamente contrastan dos formas culturales, nos arrojan, al hacer la comparación, a discusiones estériles. Por ejemplo, uno de los planteamientos más abordados en el trabajo fue en torno a los conceptos de modernidad y tradición, viejo debate en la historiografía. Siempre he tratado de sostener que ahondar en estos conceptos no es un ejercicio inútil para nosotros los latinoamericanos, considerados comúnmente como pueblos periféricos en relación con las potencias. Éstos fueron aspectos que crearon modos culturales que reflejan vínculos o diferencias entre las llamadas dos Américas. Una de las conclusiones de la investigación es que la modernidad no es una sola posesión de las sociedades protestantes ni es privativa de ellas.

En nuestro afán por presentar un amplio contexto, no había que olvidar en importancia la realidad americana. Ciertamente los colonos heredaron los patrones europeos, pero lo más interesante se finca en la realización de éstos en suelo americano.<sup>20</sup> Quizá en la búsqueda de una identidad propia y en el desarrollo del fenómeno del criollismo es donde despuntan más las similitudes, las "experiencias comunes".

Después del breve repaso histórico y de la presentación de las respectivas biografías, había que volver a remontar el vuelo para no quedarnos con la falsa noción de que el estudio recuperaba "personalidades excepcionales" hacedoras de la historia, dándole un matiz acartonado y anticuado al trabajo. El fin fue entender el modo de pensar de los personajes, la actitud ante los cambios y la interpretación de su mundo. Para ello, había que manejar siempre de manera paralela los dos planos, el particular de su pensamiento y el general de su ubicación en los asuntos internacionales. Esto nos enfrentó a otra dificultad, que fue la disparidad en la información, lo que siempre se presenta como un problema en la historia comparada. Son las trampas y los límites de los que hace mención

---

<sup>20</sup> Estas interpretaciones las expongo en mi artículo "América, nuevo escenario del conflicto Reforma y Contrarreforma", en María Alba Pastor y Alicia Mayer (coords.), *Formaciones religiosas en la América colonial*, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras y Dirección General Asuntos del Personal Académico, 2000, p. 13-37.

---

Eugene Genovese para este modelo de quehacer histórico. Por ejemplo, Mather escribió más de cuatrocientas obras de las cuales se conserva la mayoría, mientras que los pocos escritos publicados de Sigüenza no rebasan la veintena y los manuscritos están perdidos definitivamente o fragmentados. Creo que fue posible salvar este escollo al apuntar hacia la historia de las ideas, más que a cualquier otro asunto más específico o cuantificable.

La última parte del estudio se dedica al contraste del pensamiento. El acercamiento comparativo se hizo tomando en cuenta varios aspectos, como su religiosidad, su enfoque científico, su criterio histórico, su idea del entorno, su manera de valorar a otros grupos diferentes (negros, indios, minorías), su percepción de los acontecimientos, en fin.

Analizando el libro de forma general, podría desde luego hacer un juicio de las muchas interrogantes que se desprenden del trabajo. Éste no da una gran visión de totalidad. Los dos personajes sólo se reflejan a sí mismos y quizá lo hagan también con la elite social de la que son parte. Despuntan el posible modo de pensar, de razonar y de sentir de un grupo intelectual, no de la sociedad en conjunto o de otros grupos sociales. Vale la pena preguntarnos aquí si la época permite comprender a las figuras que transitan fugazmente en ella o son ellos los que dan tono a la época. En este caso particular, Sigüenza y Mather sólo dan pistas para comprender rasgos generales de la vida social, de la atmósfera psicológica, pero no podemos dar una conclusión definitiva sobre la forma de pensar de toda una generación en una etapa tan extensa como lo es la era colonial. Quizá otra crítica podría darse en el sentido de que el trabajo ofrece la apreciación de un cuadro de experiencias paralelas donde no existieron, de hecho, conexiones reales que mostraran un juego más interesante de aproximaciones o divergencias. Aquí sólo se expone cómo el contexto motiva iguales o distintas respuestas a las influencias y cambios y cómo dichas respuestas a los estímulos internos (de la conciencia) y externos (del entorno) condicionan, en un grupo específico y de acuerdo con su propia visión del mundo, una serie de actitudes que muchas veces trascienden a la posteridad por el grado de admiración que producen esas personalidades o sus escritos entre sus contemporáneos.

Un enfoque comparativo tiene mucho más que ofrecer que otros modos de abordar la historia, sobre todo los más cuantitativos. Resulta por ello interesante comparar manifestaciones humanas y fenómenos culturales de amplia trascendencia. Por ejemplo, al resaltar diferentes tipos de organización que observaron católicos y protestantes en América y sus diversas concepciones, afloran también metas y planteamientos similares. En este punto el estudio arrojó diferentes conclusiones a las que llegaron O'Gorman y Ortega Medina cuando estudiaron en una perspectiva más general las manifestaciones espirituales entre protestantes y católicos.<sup>21</sup> En el curso de la investigación despinata que el auge de Inglate-

---

<sup>21</sup> Creo que la interpretación común en los dos autores fue que los puritanos eran el ejemplo de la modernidad en todos sentidos y los católicos de retraso y misonéismo.

---

rra o la decadencia política de España muchas veces no se reflejaron en sus colonias. Sin afán de plantear un contraataque intelectual, podríamos decir que hay un pensamiento más "moderno" entre algunos personajes novohispanos que en los novoiñgleses, pues encontramos patrones muy tradicionales entre los puritanos. En el desarrollo del pensamiento colonial no hay polos absolutamente opuestos. Ninguna de las entidades estudiadas está dotada de mejores o peores cualidades o, más aún, de mejor categoría histórica. No existen prototipos acabados de una corriente única. Los ámbitos coloniales se ven inmersos en procesos de transformación general motivada por los grandes movimientos europeos y americanos (e igualmente asiáticos y africanos). En América hay fenómenos que imprimen su sello respecto de Europa y de las diferentes entidades americanas entre sí. Hay características que traspasan "fronteras" nacionales, religiosas y culturales, y se amalgaman sin importar los diferentes espacios en los que se desenvuelve la vida de las personas.

No creo que sea posible una síntesis comparativa de toda la vida colonial en América como lo propone, en parte, Elliott, aunque él es muy consciente de que una historia comparativa macroanalítica resulta demasiado ambiciosa. Mi trabajo sólo trató de abrir espacios particulares que dieran pie gradualmente a un acercamiento más general, sumándose a otros estudios específicos como los que he propuesto entre mis alumnos seminaristas. Hemos hablado de comparar a dos extraordinarias mujeres que también fueron contemporáneas en el hemisferio americano, a sor Juana Inés de la Cruz, la monja poetisa, con Emily Dickinson, llamada entre los puritanos "décima musa". Otra posibilidad es abordar de igual forma el diálogo respecto del indio que sostuvieron Bartolomé de Las Casas y Ginés de Sepúlveda, desde el lado hispánico, así como Roger Williams y John Cotton, del angloamericano. Esto, desde una perspectiva acotada, pero también se hace necesario analizar comparativamente aspectos más generales y contrastar conjuntos sociales como organizaciones profesionales o religiosas, por ejemplo, así como lo político y lo económico. La finalidad es continuar abriendo espacios más amplios de interpretación. Como refiere George Iggers, "Quizá podamos ver en la historia de la historiografía un diálogo continuo que, si bien no alcanza el final, contribuye a un ensanchamiento de la perspectiva"<sup>22</sup>

Siento que Bolton no se equivocaba al proponer la necesidad de conocer la historia de América en general para mirar un paisaje más amplio del que ofrecen las historias nacionales. Espero que, al haber profundizado en analogías y diferencias de múltiples aspectos de la vida colonial en el terreno de las ideas, se haya logrado conocer algo más de los vínculos y divergencias entre dos culturas distintas, con el fin de disipar prejuicios y borrar estereotipos que perjudican el acercamiento franco, abierto e igualitario entre los historiadores.

---

<sup>22</sup> "Perhaps we can see in the history of historiography an ongoing dialogue that, while it never reaches finality, contributes to a broadening of perspective." G. Iggers, *op. cit.*, 1997, p. 16.

---

No se pueden emitir conclusiones definitivas del estudio comparativo realizado. Se trata de dar una posible respuesta a los problemas que derivan del quehacer mismo de nuestra disciplina. Se buscó darles solución analizando "dualismos" en aras de borrar determinismos históricos, para ayudar así a romper barreras innecesarias que aún existen. El fin podría ser incitar a un debate recapitulador e instrumentar una nueva materia prima conceptual que nos acerque a la historia de América, no desde la perspectiva de la dicotomía que conduce a la disyuntiva de elegir sólo entre dos caminos del desarrollo histórico, sino desde una que perfile un todo congruente, esclarecedor, comprensivo y abierto. Sin duda en este sentido la historiografía comparada abre nuevos cauces de estudio, pues es una invitación al diálogo cultural. El producto final de este primer acercamiento me muestra en lo personal que el tejer cuidadosamente una urdimbre compuesta de todos los elementos que formaron un bagaje cultural en una época no determinada por siglos, sino por ciclos, fue una tarea apasionante, creativa y enriquecedora. □



---

## O DOCENCIA

### Competencias académicas de los tutores de la maestría y el doctorado en Historia de la UNAM

Adrián Martínez González\*  
Javier Laguna Calderón\*  
José Rubén Romero Galván\* \*  
Rosaura Ruiz Gutiérrez\*  
María Concepción García Sahagún\*

---

*Si bien en los programas de estudio de maestría y doctorado de la Universidad Nacional Autónoma de México se señalan las responsabilidades generales y los requisitos que deben cumplir los tutores, no se mencionan sus competencias académicas para participar efectivamente en este nivel de estudios y para apoyar la toma de decisiones respecto a la formación y a la evaluación de su desempeño en el logro de los objetivos y metas propuestos por cada programa. Por lo anterior, y con el propósito de identificar las competencias tutorales para mejorar y fortalecer el sistema tutorial del posgrado en la UNAM, se llevó a cabo este estudio. Para lograr el propósito antes mencionado, se seleccionó el Programa de Maestría y Doctorado en Historia. Se eligió la metodología developing a curriculum cuya característica principal es que un grupo de expertos, en este caso los tutores, analizan el trabajo que llevan a cabo a fin de sistematizar las funciones, actividades, conocimientos, habilidades, actitudes y valores requeridos para desempeñar con éxito la función tutorial. Posteriormente se realizó la validez de contenido. Como resultado se identificaron cinco funciones esenciales con sus respectivas actividades y competencias académicas. Las competencias académicas tutorales del Programa de Posgrado en Historia presentadas en este trabajo proporcionan las bases para el establecimiento de un sistema de gestión de recursos humanos basado en competencias: la selección, la inducción, la formación, el desarrollo, la evaluación del desempeño y el otorgamiento de estímulos*

#### Introducción

En la educación universitaria, y en particular en el nivel de estudios de maestría y doctorado, el sistema tutorial fue adoptado como una estrategia propia para el posgrado, con el fin de elevar la calidad de la educa-

ción superior. Se entiende por estrategia las acciones para alcanzar los objetivos finales que se desean (Steiner, 1994).

En la actualidad, las innovaciones tecnológicas y las tendencias hacia una mayor

\* Dirección General de Estudios de Posgrado, UNAM.

\*\* Coordinación del Programa de Posgrado en Historia, Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

globalización requieren que el posgrado forme recursos humanos de alto nivel que, por una parte, produzcan el conocimiento científico y tecnológico indispensable para el avance y el desarrollo de las áreas estratégicas de cualquier país y, por otra, que tengan la capacidad de adaptarse a situaciones nuevas, que posean un pensamiento crítico que sustente la toma de decisiones para solucionar problemas creativamente. La responsabilidad anterior en este nivel de estudio recae, en gran parte, en el tutor de maestría y doctorado.

En la Universidad Nacional Autónoma de México, el antecedente de la figura del tutor aparece desde 1941, en el Instituto de Química en el nivel de doctorado. Al transcurrir el tiempo la figura del tutor va integrándose a los otros programas de posgrado. Tal como lo testifican las respectivas normas operativas, sin embargo, no es sino hasta el Reglamento General de Estudios de Posgrado, aprobado en 1995 y publicado en 1996, en que se la considera como un componente clave de su operación académica.

Con motivo de la reforma llevada a cabo en el posgrado de la UNAM e instrumentada mediante el Reglamento General de Estudios de Posgrado (RGEPE), se han realizado esfuerzos adicionales para fortalecer el sistema tutorial, sustento fundamental de la reforma. En el mencionado reglamento se establece que a todos los alumnos inscritos en programas de maestría y doctorado se les asignará un tutor principal y a los de doctorado, además, un comité tutorial. En los programas de maestría, el comité académico podrá asignar comités tutorales si es necesario. Si bien en el RGEPE se señalan los requisitos académicos para que un profesor de carrera de tiempo completo sea acreditado como tutor, así como las responsabilidades generales de éstos, no se mencionan las funciones específicas que deben realizar los tutores que participan en este nivel de estudios. Esto no permite tomar decisiones que apoyen la selección de nuevos tutores, el de-

sarrollo de programas de actualización y, en forma particular, la evaluación de desempeño de los tutores y su papel en el logro de los objetivos y metas propuestos por cada programa de posgrado.

Ante esta situación, se planteó como impostergable definir las funciones básicas, en particular, de los tutores de los posgrados. De esta forma se pretenden identificar las competencias académicas necesarias en los tutores participantes en el posgrado. En este artículo se presenta específicamente el del Programa de Maestría y Doctorado en Historia.

### Método

Para los propósitos del presente estudio, las competencias académicas tutorales han sido definidas como el conjunto de conocimientos, habilidades, actitudes y valores que posee el tutor y que, relacionados entre sí, permiten el desempeño exitoso de las actividades y funciones en el proceso educativo, con base en indicadores y estándares establecidos.

El estudio se realizó en el Programa de Maestría y Doctorado en Historia y es de carácter observacional, descriptivo y transversal. La población de tutores que participa en dicho programa suma un total de 66 académicos. El criterio para la selección de este Programa de Posgrado fue la fecha de su adecuación a los lineamientos señalados en el RGEPE. El Programa de Posgrado en Historia se ofrece bajo esta nueva modalidad desde 1998 y, a más de dos años, se pueden identificar fortalezas y debilidades de los elementos que lo conforman, como es en el caso del Sistema Tutorial.

Conforme al método *developing a curriculum (dacum)* (Norton, 1997) utilizado para esta investigación, el coordinador del programa realizó una invitación extensiva a todos los tutores a fin de que participaran en este estudio. De esta forma la muestra no aleatoria de tutores quedó constituida

---

por siete tutores del Programa de Maestría y Doctorado en Historia, los cuales eran académicos de tiempo completo, con grado de doctor, y participaron voluntariamente.

El método *dacum*, que toma su nombre del acrónimo de las palabras inglesas *developing a curriculum*, fue creado en 1966 (Norton, 1997) por The Canadian Department of Manpower and Immigration, y The General Learning Corporation of New York (University of Technology, Sydney, 1995) como una nueva opción para desarrollar el currículo y combinarlo con un nuevo proceso de evaluación para los programas ocupacionales de capacitación. Este término fue acuñado por el canadiense Howard Clement (Coffin, 1995). El *dacum* fue rápidamente adoptado por el Holland College para el diseño del currículo de todos sus programas, así como por algunos otros colegios de Canadá y del resto del mundo.

El *dacum* se utiliza en las instituciones educativas para:

- Identificar las funciones que debe realizar una persona en un trabajo o en un área ocupacional determinada.
- Identificar las competencias de un área ocupacional.
- Determinar necesidades de desarrollo de competencias.
- Evaluación del desempeño.
- Desarrollo curricular basado en competencias.

Las premisas de la metodología *dacum* aplicadas al campo educativo son:

1. Los tutores conocen muy bien su trabajo por lo que pueden describirlo mejor que nadie.
2. Un efectivo modo de describir el trabajo es describir las funciones que los tutores realizan.
3. Todas las funciones, para ser desarrolladas correctamente, demandan ciertos conocimientos, habilidades, actitudes y valores.

Para este estudio, la aplicación del método *dacum* con los tutores del Programa de Maestría y Doctorado en Historia de la UNAM siguió las siguientes etapas:

#### *Etapas 1. Planeación*

Elaboración de los instrumentos de recopilación de información, tanto para la definición de competencias tutorales como para la validez de contenido. Con respecto al primer instrumento, se siguió lo establecido por la metodología *dacum*; sin embargo, se llevaron a cabo algunas ligeras adecuaciones a fin de lograr los objetivos propuestos y con base en una prueba piloto.

#### *Etapas 2. Desarrollo*

Se llevó a cabo un taller durante dos días; en él participaron siete doctores que realizan la función de tutor en el Programa de Maestría y Doctorado en Historia. El taller tuvo una duración de quince horas.

1. A cada tutor seleccionado se le solicitó que escribiera todas las funciones necesarias que debe desempeñar el tutor, con base en el objetivo del programa de posgrado.
2. Cada uno de los tutores participantes explicó al grupo su contribución. En caso de que existiera alguna duda en relación con la exposición de los tutores podían preguntar.
3. Posteriormente, se le pidió al grupo que analizara la información a fin de identificar y agrupar, por consenso, las aportaciones similares y eliminar las repetitivas. Se pidió a los tutores que redactaran las funciones que fueron aceptadas por consenso.
4. Se le solicitó a cada tutor que seleccionara las funciones más importantes.

5. Se realizó la selección de las funciones más importantes identificando aquellas que obtuvieron un mayor número de puntos.
  6. Se les solicitó a los tutores que identificaran las actividades que deben realizarse para cumplir con cada función.
  7. Cada tutor explicó al grupo cada una de las actividades y, en consenso, se decidió qué actividades son necesarias para el logro de la función. Este procedimiento se realizó para cada función.
  8. Se les solicitó posteriormente que identificaran los conocimientos, habilidades, actitudes y valores requeridos para desempeñar cada una de las funciones.
3. Se les entregó a cada uno de los integrantes el producto final del taller, así como las hojas de validación de contenido y claridad de las funciones, actividades y competencias de los tutores.
  4. Se analizaron los comentarios y observaciones para, posteriormente, integrarlos al producto final del taller.
  5. Del análisis anterior se obtuvieron las competencias académicas de los tutores.
  6. Se entregó al coordinador del programa una copia del documento final, el cual contenía las competencias tutorales.

Una vez validas las competencias tutorales se procedió a agruparlas por similitudes y posteriormente se determinó una clasificación teórica de las mismas.

### *Etapa 3. Validación*

1. Se invitó a los miembros del Comité Académico del Posgrado en Historia a participar como expertos en la validación de contenido.
2. Siete miembros del Comité Académico aceptaron participar voluntariamente.

### *Resultados*

De la participación de los catorce expertos se establecieron cinco funciones esenciales, con sus respectivas actividades y cinco categorías de competencias académicas. A continuación se presentan:

#### FUNCIÓN 1

Valorar el conocimiento, las aptitudes, las inquietudes y los intereses del estudiante.

#### ACTIVIDADES

- 1.1 Establecer un contacto personal con los estudiantes para conocer sus intereses desde su ingreso al programa.
- 1.2 Fijar un tiempo y lugar determinados para atenderlos.
- 1.3 Revisar trayectoria académica para valorar sus conocimientos y aptitudes.
- 1.4 Conocer su experiencia profesional.
- 1.5 Revisar trabajos anteriores para detectar sus habilidades y deficiencias en la investigación histórica y su capacidad expositiva.

---

## FUNCIÓN 2

## ACTIVIDADES

Realizar un seguimiento adecuado de los estudios e investigación del alumno.

- 2.1 Establecer con los estudiantes una comunicación permanente y periódica.
- 2.2 Diseñar con el alumno el plan de trabajo semestral.
- 2.3 Asesorar a los estudiantes acerca de los seminarios que deberán cursar según su interés académico y sus deficiencias.
- 2.4 Sugerir al estudiante la consulta de especialistas que lo apoyen en la profundización de sus estudios.
- 2.5 Orientar al alumno a la adquisición y fortalecimiento de los recursos teóricos y metodológicos para realizar trabajos de investigación.
- 2.6 Discutir y evaluar con los estudiantes sus avances en sus estudios e investigación.

## FUNCIÓN 3

## ACTIVIDADES

Asesorar la elaboración y desarrollo de la investigación.

- 3.1 Orientar al estudiante en la búsqueda y determinación de temas originales, aportativos y pertinentes en el marco de la historiografía existente.
- 3.2 Sugerir al alumno los repositorios existentes para cada tipo de fuentes.
- 3.3 Evaluar la viabilidad del proyecto considerando el tiempo de duración de la maestría o doctorado.
- 3.4 Discutir y problematizar la temática para elaborar las hipótesis de trabajo.
- 3.5 Leer cuidadosamente los avances de investigación del alumno.
- 3.6 Hacer las observaciones y sugerencias para enriquecer el contenido del trabajo y mejorar su presentación.

---

3.7 Solicitar la elaboración de tantas versiones cuantas sean necesarias para satisfacer las observaciones.

3.8 Aprobar la versión final atendiendo a la estructura, la coherencia, la claridad de la argumentación y la redacción del trabajo.

#### FUNCIÓN 4

Propiciar la integración del estudiante a las actividades docentes y a proyectos de investigación o seminarios.

#### ACTIVIDADES

4.1 Identificar con el alumno grupos de trabajo (seminarios y proyectos) con temas afines a su investigación.

4.2 Promover la organización de actividades académicas extracurriculares sobre los temas afines a los de los tutorandos.

4.3 Aprobar la actividad docente exigida a los becarios.

4.4 Apoyar la vinculación de los estudiantes con tareas docentes en la Universidad y en otras instituciones y asesorar su desempeño.

#### FUNCIÓN 5

Apoyar el desarrollo de las capacidades del estudiante para dar a conocer los productos de su trabajo.

#### ACTIVIDADES

5.1 Estimular al estudiante a participar y/o asistir a reuniones académicas del área de su interés.

5.2 Proporcionar al alumno los datos necesarios para que solicite su participación en eventos específicos.

5.3 Asesorar los trabajos que presenten los alumnos en tales actividades.

5.4 Valorar con el alumno el resultado de su participación tanto oral como escrita.

5.5 Alentar al estudiante a publicar los resultados de su trabajo.

---

Para desempeñar las funciones anteriores se requiere de ciertos conocimientos, habilidades, actitudes y valores que interrelacionados entre sí conforman las competencias que el tutor de posgrado debe poseer; éstas se clasificaron en las cinco categorías que pueden ser consultadas en el anexo 1.

### *Discusión*

En este estudio se identifican las competencias de los tutores de posgrado del Programa de Maestría y Doctorado en Historia; su establecimiento requirió, en primera instancia, de la determinación de aquellas funciones esenciales que deben realizar los tutores de posgrado obteniendo cinco funciones para el mencionado programa.

Estos resultados coinciden en algunos aspectos con lo que establece el Código de Buena Práctica de la Universidad del Sur de Australia (University of South Australia, 1998) respecto de algunas de las funciones que debe desempeñar un tutor de maestría y doctorado, al igual que con lo que señalan la Universidad de Manchester (Manchester Graduate School of Social Sciences, 1998), la Universidad de Sheffield (University of Sheffield, Graduate School, 1997), la Universidad de Canterbury (University of Canterbury, 1999), la Universidad de Concordia (Concordia University, 1999) y el Programa de Posgrado en Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM (Programa de Posgrado en Ciencias Políticas y Sociales, s.f.). Estas coincidencias básicamente se orientan a proporcionar una guía acerca del proyecto de investigación, a la revisión del proyecto a lo largo del desarrollo del mismo proporcionando al estudiante sugerencias para su mejora, y definir con el estudiante actividades extracurriculares. Sin embargo, estas referencias no señalan explícita o im-

plícitamente el uso o no de alguna metodología para identificar las funciones de los tutores, o responsabilidades como le llaman algunos autores.

Con respecto a las actividades, éstas tienen una relación muy estrecha con cada una de las funciones identificadas y, con base en lo señalado por los catorce expertos, son las que deben llevarse a cabo para, en su conjunto, desempeñar cada una de las funciones.

En este estudio se identificaron cinco categorías en las que se agrupan las competencias de los tutores del Programa de Maestría y Doctorado en Historia.

En relación con las competencias que debe poseer un tutor, no se tienen antecedentes de investigaciones de esta naturaleza; sin embargo, existen estudios (Chamberlain, 1961; Rossman y Bunning, 1978; Ibáñez, 1990; Garduño, 1999; Ceja *et al.*, 1998) en los que se determinan las competencias de los docentes, coincidiendo con este estudio en las competencias de comunicación de ideas e información. De estos estudios sólo Chamberlain y Rossman y Bunning utilizaron alguna técnica para identificarlas; pero no lo hacen basados en las funciones de los docentes, lo que nos lleva a formular la siguiente pregunta ¿es posible establecer las competencias de los tutores sin antes haber determinado el objetivo o propósito del programa o sin antes señalar las funciones? Para esta investigación resulta imprescindible hacerlo ya que de otra forma se podrían identificar las competencias del tutor pero sin un referente, y lo importante es que las competencias sean incorporadas a esos desempeños lo que a su vez manifiesta si el tutor tiene o no las competencias para desempeñarse con éxito.

Las competencias tutorales presentadas en este trabajo proporcionan las bases para el establecimiento de un sistema de gestión

---

de recursos humanos basado en competencias en este programa. Los resultados pueden ser utilizados en el establecimiento de estrategias de mejora continua de los procesos que intervienen en el sistema tutorial, ya que las competencias identificadas señalan criterios para la selección, la inducción, la evaluación, el otorgamiento de estímulos, la formación y el desarrollo.

*La selección de nuevos profesores que deseen incorporarse como tutores al Programa de Posgrado en Historia.* Uno de los principios del enfoque de competencias es que éstas pueden ser consultadas por cualquier persona; los posibles profesores que deseen incorporarse como tutores podrán examinar el perfil de competencias tutorales. Por otra parte, permiten prever el potencial de éxito que tendrá un profesor al incorporarse como tutor acreditado al posgrado al identificar las competencias que posee.

Los resultados de este estudio sirven de referencia para guiar las acciones de los tutores que actualmente participan en el programa y para llevar a cabo la inducción de los tutores que se vayan incorporando, ya que señala exactamente las funciones y actividades que deben realizar.

*La determinación de necesidades de formación académica de los actuales tutores.* El perfil de competencias es el referente para elaborar los instrumentos de determinación de necesidades de formación académica; asimismo es el referente para elaborar los programas para desarrollar las competencias de los tutores. Se pueden diseñar instrumentos de autoevaluación para que cada tutor identifique sus propias necesidades de capacitación, de tal forma que le sirva de base para la elaboración de su plan individual de aprendizaje que potencialice las competencias necesarias para un desempeño superior.

Por otra parte, las competencias tutorales sirven de parámetro para desarrollar las competencias que los tutores no tienen. De esta manera, los programas de formación se diseñarán tomando como base sólo aquellas competencias que el tutor no posee.

*Llevar a cabo la evaluación del desempeño de los tutores.* Al igual que en la selección y la formación, el perfil de competencias académicas del tutor es el referente para la evaluación. Los tutores pueden, en cualquier momento, consultar el perfil para conocer los aspectos que se van a evaluar. De esta manera, la evaluación se convierte en un mecanismo de mejora continua, tanto del mismo tutor como del sistema tutorial.

*Otorgar estímulos a los tutores.* Con la existencia de parámetros se podrán otorgar estímulos a los tutores considerando a aquéllos con alto desempeño académico, para lo cual es necesario realizar una investigación posterior para identificar aquellas competencias que distinguen a los tutores de excelencia.

La determinación de necesidades de formación basada en competencias, la autoevaluación y la evaluación del desempeño sirven de fundamento para que los coordinadores de los programas de posgrado, así como la Dirección General de Estudios de Posgrado tomen decisiones y corrijan desviaciones para fortalecer el sistema tutorial.

Cabe hacer mención de que los resultados de este estudio son válidos exclusivamente para el Programa de Posgrado en Historia y no pueden ser extrapolados a otros programas del área. Para hacerlo es necesario realizar estudios adicionales que nos permitan identificar aquellas funciones y competencias comunes a otros programas de posgrado del Área de las Ciencias, de las Humanidades y las Artes y, eventualmente, determinar tanto por área como para el Sistema

---

Universitario de Posgrado en lo general las funciones y competencias "universales" de un tutor de posgrado independientemente del programa al que pertenezca.

## ANEXO 1

### COMPETENCIAS DE LOS TUTORES DEL PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN HISTORIA

| <i>Conocimientos académico-administrativos</i>   | <i>Comunicación de ideas e información</i>                |
|--|---|
| Conocimiento de la Legislación Universitaria   | Análisis de textos.                                       |
| Conocimiento del Reglamento General de Estudios de Posgrado  | Capacidad de comunicación                                 |
| Conocimiento de los programas de estudios  | Conocimiento del uso del lenguaje tanto oral como escrito |
| Conocimiento del medio académico   | Saber escuchar y expresarse con claridad                  |
| Conocimiento teórico y metodológico de la disciplina y específico del área   |   |
| Conocimiento de las publicaciones, de los medios de publicación y difusión de la disciplina y de las áreas específicas | <i>Características personales</i>                         |
|  | Actitud crítica   |
|  | Capacidad analítica                                       |
|  | Capacidad didáctica                                       |
|  | Capacidad para organizar y planear                        |
|  | Coherencia entre el hacer, decir y pensar                 |
|  | Constancia  |
|  | Creatividad   |
|  | Dedicación  |
|  | Discreción  |
|  | Ecuanimidad   |
|  | Empatía   |
|  | Entusiasmo  |
|  | Flexibilidad  |
|  | Honestidad  |
|  | Integridad  |
|  | Interés   |
|  | Paciencia   |
|  | Pasión  |
|  | Puntualidad   |
|  | Respeto   |
|  | Responsabilidad   |
|  | Tolerancia  |

---

## REFERENCIAS

- CEJA, C. M., G. F. J. Venegas y A. M. Armenta (1998), "Metodología para el diseño de un sistema de tutoría personalizada para alumnos del nivel superior en la Universidad de Colima", Material del curso: *Liderazgo y gestión*, Universidad de Colima, México.
- COFFIN, L. (1995), *Manual del facilitador dacum*, México, Canadian Vocational Association, p. 1.
- CONCORDIA UNIVERSITY, *Concordia University thesis preparation and thesis examination regulations*, <<http://art-history.concordia.ca/thesis/regulations.html>>, [consulta: 29 de diciembre de 1999].
- CHAMBERLAIN, M. N. (1961), "The competencies of adult educators", *Adult Education*, XI, 2, Winter, p. 78-83.
- GARDUÑO, R. S. (1999), "El modelo tutorial, una estrategia para la formación doctoral en el siglo XXI: el caso del doctorado en ciencias administrativas de la SEPI-ESCA, Santo Tomás, IPN", ponencia presentada en el III Congreso Nacional de la Investigación en Administración en México, *Teoría y Praxis. La Administración en el Siglo XXI*, Mexicali, abril.
- IBÁÑEZ, M. J. (1990), "Dimensiones de la competencia profesional del profesor de universidad", *Revista Española de Pedagogía*, Madrid, mayo-agosto (186).
- MANCHESTER GRADUATE SCHOOL OF SOCIAL SCIENCES (1998), *Guide for research students and supervisors, 1998-1999*, United Kingdom.
- NORTON, R. E. (1997), *Dacum handbook*, 2nd. ed., Columbus, Ohio, Center on Education and Training for Employment.
- PROGRAMA DE POSGRADO EN CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES, *Acerca del sistema tutorial y el desempeño de nuestro personal académico*, documento de trabajo presentado a la Comisión de Plantillas del H. Consejo Técnico de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México, s/f.
- ROSSMAN, M. H. y R. L. Bunning (1978), *Knowledge and skills for the adult educator: a Delphi study*, United States of America.
- STEINER, G. A. (1994), *Planeación estratégica. Lo que todo directivo debe saber*, México, CECSA.
- UNIVERSITY OF CANTERBURY (1999), *Supervision guidelines*, Department of Sociology, Nueva Zelanda, <<http://www.soci.canterbury.ac.nz/gradsgui.htm>>, [consulta: 9 de noviembre de 1998].
- UNIVERSITY OF TECHNOLOGY, SYDNEY (1995), *Writing competency standards*, Sydney.

---

## ○ NOTAS DEL IIIH

---

### EDICIÓN DE HISTÓRICAS

A partir del próximo número la doctora Elisa Speckman Guerra dejará de hacerse cargo de la edición de *Históricas*, tarea que tomará el doctor Miguel Pastrana.

### PREMIOS Y DISTINCIONES

El 25 de septiembre de 2001 se celebró en la Escuela Nacional de Antropología e Historia un homenaje al maestro Carlos Martínez Marín.

### OBTENCIÓN DE GRADO

El primero de octubre de 2001 Silvestre Villegas Revueltas obtuvo el grado de doctor por la Universidad de Essex, Gran Bretaña, con una tesis sobre la deuda mexicana y las relaciones diplomáticas de México e Inglaterra entre 1824 y 1884.

### EVENTOS

Del 24 al 26 de octubre de 2001 se celebró en el Instituto de Investigaciones His-

tóricas el I Congreso de Historia Económica de México, organizado por la Asociación Mexicana de Historia Económica, la Embajada de España, El Colegio de México, la UNAM a través de nuestro Instituto, el Instituto Mora, el Conacyt, la UAM (Xochimilco, Azcapotzalco e Iztapalapa), el CIESAS, la Facultad de Economía de la UNAM, el CIDE y la Universidad Autónoma del Estado de Morelos.

Del 29 al 31 de octubre de 2001 se celebró en el Instituto el Coloquio La Independencia en el Sur-sureste de México, organizado por el IIIH y la Facultad de Filosofía y Letras, ambos de la UNAM.

Del 26 al 29 de noviembre de 2001 se celebró en el IIIH la Cátedra Marcel Bataillon, con el tema Historia de las Mujeres y la Vida Privada, impartida por la doctora Michelle Perrot.

Del 26 al 29 de noviembre de 2001 se celebró en el IIIH el VII Coloquio de Análisis Historiográfico. Historiografía Mexicana del Siglo XX: 30 lecturas. □

---

## ○ PUBLICACIONES

### PRESENTACIÓN DE LIBROS

Claudia Agostoni y Elisa Speckman (eds.), *Modernidad, tradición y alteridad. La ciudad de México en el cambio de siglo (XIX-XX)*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 2001, 340 p.

Álvaro Matute

Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

---

En un artículo reciente, Enrique Krauze recordaba una idea de Octavio Paz referente a que "México es un polo excéntrico de Occidente". A pesar de que muchos pueden renegar del hecho de que Occidente nos haya abarcado y constituido, nuestra lengua, la mayor parte de nuestros consumos, y muchas otras cosas que cubren nuestra vida individual y colectiva son producto de la cultura de Occidente. Esto viene a cuento porque uno de los aspectos centrales del libro editado por Claudia Agostoni y Elisa Speckman implica al proceso de occidentalización mexicano por la vía de la modernidad.

En el título del libro, proveniente de un coloquio homónimo celebrado en este recinto, se oponen a modernidad, o la complementan, otras dos palabras: tradición y alteridad. Esta última significa "condición de ser otro", lo que Paz recoge de Antonio Machado como "otredad".

Modernidad, en términos de historia mexicana, es sinónimo de occidentalización. En esto puede radicar la mutabilidad del vocablo, porque la época moderna es toda la que sucede a la Edad Media, y se contrapone a la Antigua, lo cual ya es en sí occidental, y en este sentido toda la historia de América pertenece a la Edad Moderna. Sin embargo, al avanzar las épocas y distinguir-

se las unas de las otras lo moderno avanza dejando atrás a lo que se estaciona, a lo que camina más lento. Un vocablo más cambiante es contemporaneidad. Los manuales de historia pensados y escritos justamente en el cambio de los siglos XIX al XX se referían a la edad contemporánea como a la subsecuente a la revolución francesa, por el hecho de haber sido la que rediseñó el mapa europeo de acuerdo con lo acontecido durante el siglo XIX hasta poco antes de la primera guerra mundial.

Si se reflexiona en el significado de contemporaneidad, se puede optar por un concepto más dinámico y entender por tal la época en que se inicia lo que hoy en día se vive de manera natural. Si lo contemporáneo se regresa a Napoleón en el caso europeo o a Santa Anna en el mexicano, bien; de no ser así, habrá que ubicar el arranque de la contemporaneidad donde resulte más apropiado, acaso entre la primera y la segunda guerras mundiales. Pero todo esto no resuelve el problema de la modernidad. El concepto ha adquirido independencia y connotaciones autónomas desde que pensadores como Jürgen Habermas lo abordaron. Deja de ser relativo a una temporalidad para aspirar a ser absoluto y darle su propia connotación a una época. Para Habermas, "por moderno se entiende ahora sólo

---

aquello que ayuda a dar expresión objetiva a la actualidad espontáneamente renovada del *Zeitgeist* (espíritu de la época)". Pero esa "actualidad espontáneamente renovada" tendrá que ser sustituida por otra que deje a la anterior en la obsolescencia. De otra parte, en estilística, se tiene al modernismo: Rubén Darío y nosotros. Esto también plantea sus problemas, aunque este vocablo sí tiene un referente bien determinado.

La historia mexicana lleva su propio ritmo aunque, como occidental que es, no resulta ajena al movimiento de las metrópolis. Daniel Cosío Villegas nominó como "historia moderna de México" a aquella que transcurre a partir del triunfo de la república y concluye con la renuncia de Porfirio Díaz. Se trata de una ubicación adecuada. El régimen republicano, aunque devenido en dictadura, se distingue del tradicional, monárquico, y por consiguiente es moderno, deja atrás a la tradición.

El manejo actual de nombres se ha inclinado más por lo connotativo que por lo denotativo en el sentido de que no importa la ubicación temporal precisa, es decir, en hacerla movable. De esa manera, la modernidad porfiriana puede quedar sumida en la tradición, a la que se le opone una modernidad más reciente. Ese problema no resulta fácil de resolver.

Las autoras/editoras del libro que nos ocupa participan del hecho de ubicar la modernidad en el tránsito de los siglos XIX al XX. Esta modernidad iría de la mano con el modernismo. Ahora bien, no sólo se trata de la ubicación temporal, sino de aquello que aspira a ser denotativo, no sólo lo que se caracteriza como "lo que existe desde hace poco", sino aquello a lo que Habermas trata de caracterizar como algo que tiene un contenido propio. Así, lo moderno, opuesto a lo tradicional, ciertamente es algo que tiene poco de existir, pero que genera un opuesto relativamente novedoso: lo posmoderno.

En el caso del libro, creo que lo acertado es pensarlo como algo que es reciente, sí, pero sobre todo que implica estar al día con Occidente. Frente a ello se colocan la alteridad y la tradición, que son, para retomar el hilo de Octavio Paz, lo que hacen ser a México ese "polo excéntrico de Occidente".

El libro, además de la presentación de sus editoras, contiene catorce capítulos debidos a otras tantas personas, entre las que se cuentan las ya mencionadas editoras Agostoni y Speckman. Todas, en mayor o menor medida, tratan el problema de la oposición entre modernidad y tradición, más que la alteridad propiamente, desde el visor de aspectos muy concretos, pero referidos al gran contexto histórico del que forman parte, y en cada uno de los trabajos se acentúa si el camino va hacia el progreso o permanece anclado en la tradición. La agrupación de los trabajos es, además de interesante, acertada: "Las elites y sus proyectos", "Los debates y las ideas" y "La moral y las normas de conducta". Las tres temáticas pueden reflejar, la primera, acaso más interés en llevar las cosas hacia el progreso, esto es, apuntan a la modernidad; la segunda implicaría la confrontación, y la tercera, más bien la larga duración, el anclaje en la permanencia. Si bien ésta puede ser la idea, no necesariamente queda sustanciada en todos y cada uno de los catorce trabajos agrupados en secuencias de cinco, cuatro y cinco, pertenecientes a cada una de las partes. Para dar ejemplos, los trabajos de la primera parte no sólo señalan que las elites querían el progreso, sino que también eran celosas de guardar tradiciones, o bien que podía haber enfrentamientos en cuestiones tales como "el arte de curar".

El aterrizaje de aspectos de la vida social cotidiana es inmejorable para poner en conflicto al enfrentamiento entre progreso y permanencia. De diferentes enfoques históricos hay cuestiones crediticias y empresariales, festejos cívicos, salud, periodismo

y debates ideológicos, literatura y tauromaquia. La alteridad, o al menos la conciencia de que existía y había que hacer algo con ella, se plantea la "regeneración" de la raza indígena. Hay legislación, buena conducta y urbanidad, género y suicidio. En fin un repertorio, si bien circunscrito al ámbito metropolitano, que constituye un buen muestrario de posibilidades para conocer en lo particular ese movimiento general que refleja la posibilidad del aceleramiento de la occidentalización modernizante o de la modernidad occidentalizadora, frente a la resistencia por vía de la tradición o de la otredad.

El libro ofrece dos lecturas o dos resultados de una misma: la valoración del conjunto, que creo que es la que debe prevalecer en tanto que se trata de una propuesta que le da sentido a esta totalidad, y la de cada trabajo particular en lo que vale por sí y en lo que representa como aspecto particular, tratado por un especialista, de algo que, de no estar colocado dentro del conjunto, tal

vez no tendría el significado que se le realza por el hecho de formar parte de un todo que lo hace significativo. Por ello es mejor la primera opción.

El problema que seguirá vigente es el que se refiere al hecho de que algo que fue moderno en un momento histórico particular puede dejar de serlo frente al avance de los tiempos. Así, la modernidad porfiriana, como la victoriana, la de la Alemania guillermina y la de la Francia de la *Belle époque*, puede quedar detenida en su tiempo y ceder a etapas sucesivas que la envjecen y la despojan de su carácter moderno. O inventamos otra nomenclatura para dejar en claro aquello que sea privativo de una época, sin que importe mucho el peligro de caer en la relatividad temporal, o permanecemos en el uso tradicional. De cualquier manera, es claro cuál es el concepto de modernidad en este libro y en los trabajos que lo constituyen. Por lo pronto, no nos importa si las cosas ahí modernas dejarán de serlo o si siempre lo serán. □



---

## RESEÑAS

John W. O'Malley, *Trent and all that*, Harvard, Harvard University Press, 2000.

María Cristina Camacho de la Torre  
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

---

La historiografía actual en lengua inglesa otorga (tanto en productos de investigación como en planes universitarios de estudio) un nombre específico a la primera etapa de la edad moderna: *Early Modern Europe*, término que no existe dentro de la historiografía hispánica. Basta con mirar algún catálogo de libros publicados en aquel idioma en los últimos años para refrendar esta afirmación.

La *Early Modern Europe* comprende el final del siglo XV y todo el XVI aunque, en algunos casos, diversas investigaciones llegan a abarcar incluso hasta la primera mitad del siglo XVII. De igual forma, se ha vuelto cosa común que el término se utilice hogaño para obras que, escritas originalmente en inglés, traten acerca de otras latitudes fuera de Europa durante el mismo periodo.

De este corte temporal nace uno de los temas más estudiados desde el siglo XIX (seguido con gran interés en Alemania) debido al cambio que representó en el devenir histórico europeo. Me refiero a la llamada Reforma a la que, hasta hace poco tiempo, los historiadores sufían identificando

como sinónimo del nacimiento de las iglesias protestantes.

El libro que ahora reseño es una investigación llevada a cabo en suelo americano; su autor, John W. O'Malley, es un miembro activo de la Iglesia católica y es historiador de la misma en el colegio jesuita de Weston, Massachusetts. Entre sus obras figuran *The first jesuits* (1993); *Religious culture in the sixteenth century* (1993); *Collected works of Erasmus* (1989); la edición de *The jesuits: cultures, sciences and the arts, 1550-1773* (2000), y *Catholicism in Early Modern History. A guide to research* (1988).

*Trent and all that* bebe su origen, más que en la historiografía alemana del siglo XIX, en la monumental obra de Hubert Jedin, *La historia del Concilio de Trento (1949-1972)*, así como en su menos conocido artículo de 1946 "Katholische Reformation oder Gegenreformation?" ("¿Reforma católica o Contrarreforma?").

Dado el interés que ha despertado el estudio del "lado católico" en la historiografía contemporánea,<sup>1</sup> O'Malley decidió exponer

---

<sup>1</sup> Algunos ejemplos recientes en lengua inglesa son: Michael A. Mullett, *The Catholic Reformation*, New York, Routledge, 1999; Ronnie Po-chia Hsia, *The world of catholic renewal, 1540-1770*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998; Allyson M. Poska, *Regulating the people: the Catholic Reformation in 17th century Spain*, Boston, Brill, 1998; Amos Megged, *Exporting the Catholic Reformation: local religion in Early-Colonial Mexico*, Boston, Brill, 1996; Martin D. W. Jones, *The Counter-Reformation: religion and society in Early Modern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995; David Martin Luebke (ed.), *The Counter-Reformation: the essential readings*, Oxford, Blackwell, 1999; Robert Bireley, *The refashioning of catholicism, 1450-1700: a reassessment of the Counter-Reformation*, Washington, D. C., Catholic University of America Press, 1999. No debemos aquí olvidar dos de los pioneros del tema en dicha lengua, a saber, Arthur G. Dickens, *Counter-Reformation*, New York, W. W. Norton & Company, 1979, H. Outram Evenett, *The spirit of the Counter-Reformation*, Cambridge, Cambridge University Press, 1968.

sus razones acerca de los pros y los contras que acarrea designar a dicha historia durante el siglo XVI como actualmente se hace: "Contrarreforma" y/o "Reforma católica".

El título del libro de O'Malley, *Trent and all that*, adelanta un poco las intenciones de su autor: nos indica que la idea o tradición de denominar a la actividad de la Iglesia del siglo XVI con estos dos términos advierte, en una primera instancia, que las interpretaciones han girado casi únicamente en torno a los resultados salidos de las sesiones del Concilio de Trento (1545-1563). Es bajo estos nombres que se ha explicado la actuación de los que se mantuvieron bajo la tutela papal, y no sólo eso, sino que, gracias al correr del tiempo y, casi por extensión, se ha explicado a través de ellos no sólo la acción de la Iglesia frente a los protestantes, sino también otros factores tales como la religiosidad, la sociedad, la política, el arte o la cultura.

Los cuestionamientos *a priori* que se hizo el autor fueron de índole profesional y un tanto pragmática, ya que, según sus propias palabras, "tenía que darle un nombre" a una guía de investigación y de referencia que estaba realizando para el catolicismo, similar a la que Steve Ozment había realizado para *La Europa de la Reforma* en 1982. Aunado a esto se encontraba la redacción de un libro y algunos artículos acerca de la historia de la Compañía de Jesús.

Fue bajo estas circunstancias que O'Malley comenzó a hacerse algunos replanteamientos, tales como la validez de considerar a Ignacio de Loyola como un "reformador", en el sentido que se da a los "reformadores protestantes". ¿Bajo qué criterio, pregunta, se puede afirmar que Loyola fue un "reformador"? ¿Será que identificamos al *celo religioso* de la Edad Moderna Temprana como de naturaleza "reformadora" casi por omisión, siendo que son dos cosas diferentes? ¿No se aplica mejor el término a Jiménez de

Cisneros? ¿Qué hay de Felipe Neri? Al respecto explica nuestro autor: si por *reforma* se entiende la labor de cambio que va de fuera hacia dentro, entonces Loyola, los primeros jesuitas y Felipe Neri no caben en esa categoría, ya que el énfasis que ellos mostraron siempre partió de lo interno hacia lo externo. Éste es un ejemplo que proporciona O'Malley acerca de las dificultades que se presentan cuando se usan los términos "Reforma católica" y/o "Contrarreforma" como descriptores globales del catolicismo del siglo XVI. Mas la intención del autor va más allá y consiste en dilucidar el problema de *cómo se utilizan*. El subtítulo del libro, *Renaming catholicism in the Early Modern Era (Renombrando al catolicismo en la Edad Moderna Temprana)*, señala la inquietud de O'Malley por buscar otras expresiones que describan y engloben, de manera más precisa, esa situación histórica, como se supone que es la labor de los nombres dentro de la historiografía. Y es que de *nombres* es de lo que trata este libro. No pide que se desechen los que ya están, pues considera que no son del todo incorrectos; empero, aclara, *no terminan de demostrar el alcance y la complejidad* tanto de la Iglesia católica como institución como del catolicismo en sí y todo lo que éste representó en ese momento. El autor señala que el catolicismo comprende "Iglesia y religión, doctrina y devoción, parroquia y cofradías, príncipes y mendigos, leyes y arte, clero y laicado". Este "catolicismo" incluye también lo que salió de Europa y llegó a las nuevas tierras, así como lo que antes de 1517 se consideraba como "cristiano" y después de aquel año como "no protestante".<sup>2</sup> Al respecto, menciona un ejemplo de cómo se entienden estos términos: cuando en un libro se lee "la Roma de la Contrarreforma", no se comprende lo mismo que si se dijera "la Roma de la edad moderna". Podemos ampliar la muestra: al hablar de "la Ale-

<sup>2</sup> O'Malley, *Trent and all that*, p. 9.

mania moderna (temprana)" se la ubica fácilmente en el contexto de lo que fue "la Alemania de la Reforma". O'Malley, entonces, propone que se agregue a la lista de nombres que describen este momento histórico como "Catolicismo moderno temprano" (*Early Modern Catholicism*).

Ahora bien, ¿por qué el énfasis en Jedin y no en Ranke? El texto de O'Malley, efectivamente, sigue la línea de la historia de la historiografía de la "Contrarreforma". Como es sabido, el primer hombre que utilizó tal vocablo fue Johann Stephan Pütter, en 1776. Por "Contrarreforma", Pütter se refería al retorno forzado hacia el catolicismo de los fieles que habitaban los territorios otrora luteranos. El término "Reforma", en cambio, aunque utilizado por ambas partes desde el siglo XVI (constante incluso ya desde la Biblia y en el cristianismo antiguo), saldría triunfante como una bandera casi exclusiva del "lado protestante". El "lado católico", por su parte y bajo la concepción de "Contrarreforma", acaba siendo entendido, según lo que explica O'Malley, por ser el reaccionario, y, en ocasiones, casi el obsecado.

También como en aquella centuria, los historiadores y/o escritores de las naciones de cepa protestante (especialmente, Alemania) escribieron más que los católicos acerca del *corte* en la historia, del *cambio* —y repetimos la importancia de éste en el desarrollo de la historiografía que nos incumbe. Se preguntaban:

—¿Qué había dado pie al inicio de la Edad Moderna?

—No había duda de que la Reforma protestante.

—¿Qué la había originado?

—Los abusos del clero: bulas, supersticiones, represión.

—¿Qué era lo importante?

—El "cambio", la "ruptura".

Durante muchos años, explica O'Ma-

lley, la historia del "lado católico" se mantuvo aislada del interés histórico, ya que se encontraba muy extendida la idea de la existencia nula de alguna "transformación" dentro de éste; la historiografía alemana del siglo XIX e incluso de la primera mitad del XX tenía claro que lo importante eran los "grandes acontecimientos", o los "cambios notables". Por su parte, en España, por ejemplo, se le dio preferencia a la frase "Siglo de Oro", pues representaba más de cien años de grandeza en la religión, en el arte, en la política. Otros nombres que han tenido éxito son el de "época barroca" o últimamente, el de "catolicismo confesional".<sup>3</sup>

Los pocos estudios que comenzaron a tratar el catolicismo eran, más que historias sistemáticas, largas apologías que continuaban exaltando las permanencias con la misma intención de no mostrar ningún "cambio" —lo que se entendía por él— y sin ahondar en problemas que ahora conocemos más extensamente.

Hubert Jedin (1900-1980) fue un respetado historiador que dedicó su vida entera a estudiar a la Iglesia del siglo XVI. Como pionero de estos temas, su libro sobre la historia del Concilio de Trento se convirtió en un clásico y en una obra de referencia obligada. Son relevantes sus escritos pues incrementaron el interés por el estudio del catolicismo, lo que le trajo fama dentro de los círculos académicos y eclesiásticos. En 1962, por ejemplo, fue solicitado para actuar como *peritus* dentro de las sesiones del Concilio Vaticano II.

O'Malley se concentra más en este autor que en Ranke, pues fue él quien unió los términos "Reforma católica y Contrarreforma" para mejor entender el momento, alianza de voces que se ha vuelto ya clásica y que perdura hasta nuestros días.

A pesar de sus logros académicos, O'Malley explica que la visión de Jedin

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 108-117 y 136-140.

acerca de la Iglesia no mostró evolución alguna; durante toda su vida defendió dos aspectos que consideró primordiales. Nos referimos a la renovación de la institución (que había comenzado con la reforma interna de los miembros del clero en el siglo XV) y a la defensa de la Iglesia frente a sus detractores. La primera fue lo que Jedin consideró ser la "Reforma católica" y la segunda, la "Contrarreforma".

La Reforma católica tenía cuatro fases, a saber: a) la "reforma interna" de los miembros de la Iglesia (con la *Devotio Moderna*, el Oratorio del Amor Divino, el cardenal Cisneros, etcétera); b) la formación de la Compañía de Jesús en 1540; c) los dos últimos años del Concilio de Trento donde se definió la reforma, y d) un periodo de larga duración que llegó incluso hasta la Ilustración.

La "Contrarreforma", por su parte, había comenzado hacia 1520 con la labor apologetica de Juan Eck y Jerónimo Emser en contra de Martín Lutero. Empero, decía Jedin, estos esfuerzos no habían sido suficientes, por lo que fue hasta Trento que se definieron los lineamientos frente al protestantismo, lo que al mismo tiempo dejaba ver "claramente" la continuidad de aquella institución desde los tiempos medievales. Jedin y sus seguidores hablaron de continuidad, inamovilidad e institucionalidad vertical.

Fue hasta que el papado "renovado" del siglo XVI —según lo calificó aquel autor— comenzó a "sistematizar" esfuerzos, que, bajo su perspectiva, se unieron los dos "momentos": la Reforma católica y la Contrarreforma. Juntos explicaban toda una época de transición entre la "edad media" y la "moderna". En el medio de la transición se encontraba el Concilio de Trento, ya se viera hacia atrás o hacia delante: Trento, por una parte, reafirmaba la herencia medieval y, por otra, veía de frente al mundo moderno. ¿Qué decir respecto de esta postura? Escuchemos la opinión de O'Malley:

Ésta era la postura básica de Jedin: lúcida, coherente y persuasiva, incluso hoy. Necesitamos verla más de cerca debido a que es el "escenario" o frase continuamente más repetida en los libros de texto y otras publicaciones. Se ha vuelto tan familiar que, incluso ahora que tenemos más conocimientos al respecto, nunca se nos ocurre pensar en modificar lo básico de esta construcción.<sup>4</sup>

En el ejemplo que dimos líneas arriba, donde se menciona la labor "reformadora" de Neri y de Loyola, queda mejor decir que Jiménez de Cisneros o Carlos Borromeo sí fueron reformadores; curiosamente, el primero vivió antes del Concilio y el segundo, después. Para Jedin, la labor de los papas era la que había marcado la diferencia.

Los términos "Contrarreforma" y "Reforma católica", entonces, surgieron en un ambiente meramente protestante y así los mantuvieron durante muchos años diversos autores, ya fueran miembros de alguna Iglesia cristiana o no. A diferencia de lo que sucedió con la terminología para la "Edad Media", John W. O'Malley aclara que, en la cultura occidental y en sociedades secularizadas como las nuestras, el peso religioso que conllevan estos nombres es difícil de quitar y, más aún, de juzgar correctamente.

El autor explica que el punto de partida para cualquier explicación de los fenómenos históricos de aquel siglo se reducía a dos momentos, a saber: los abusos de la Iglesia que dieron pie a la Reforma, y la Reforma en sí por representar *el gran cambio* de una época a otra; empero, pocos eran los que hasta hace poco se preguntaban ¿cuál era la situación del catolicismo *en sí?*, o bien ¿cómo se formó el catolicismo moderno?, y aquí la que esto reseña se pregunta: ¿es posible, entonces, hablar de un catolicismo moderno? O'Malley responde positivamente.

Como se puede apreciar, la idea generalizada de un "lado católico" monolítico, inmutable y abusivo (vertical) imperó en

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 54.

el ambiente académico por muchos años y se notaba que la connotación de los dos vocablos que hemos estado estudiando seguía dándose casi como una mera repetición, sin reparar demasiado en ellos.

Fueron los estudiosos después de Jedin quienes comenzaron a prestar mayor atención a este periodo y gracias a esto surgieron muchas líneas de investigación, tan diversas y fascinantes como las que habían emergido del estudio de la historia protestante mismas que, por fortuna para la investigación, continúan ofreciendo una fuente inagotable de temas de estudio y de interpretación.

Con el "descubrimiento" de la historia del catolicismo moderno florecieron además las diversidades religiosas de la Europa de aquel tiempo, como por ejemplo las regionales, y se notó su gran variedad y hasta las incoherencias propias del fenómeno, que poco o nada tenía de monolítico.

O'Malley explica que la cantidad de nombres con los que se ha intentado explicar al catolicismo de este momento demuestra, en sí misma, dos cosas: la primera es la complejidad que acabamos de mencionar y la segunda, la fútil búsqueda del nombre perfecto para designar un periodo tan amplio y diverso. El autor nos recuerda que cuando el historiador se decide a utilizar alguno de estos términos en específico debe explicar lo que significan y mantenerse en ello a lo largo de la narración: "to say what they mean and mean what they say".<sup>5</sup>

Para concluir podemos decir que estudios como éste, que tocan tanto la historia de la Iglesia como la teología histórica, se han vuelto cada vez más comunes y —lentamente— se ha propagado la voz de quienes se han ido percatando de la impor-

tancia de dialogar desde el presente con los propios términos que los hombres del pasado manejaban. Esta aseveración parecería bastante obvia si no se pensara que todavía existen historiadores que no se valen o, peor aún, se niegan, incluso cuando es necesario, a utilizar, por ejemplo, el lenguaje de la teología en el caso de los estudios acerca de las instituciones religiosas.

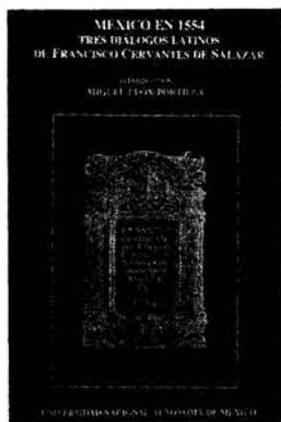
El libro, entonces, va más allá de una investigación historiográfica que busque el mero origen de un término —o, en este caso, de dos. Considero que el mérito de O'Malley dentro de la historiografía anglosajona reside en el giro novedoso que le da, primero, al interés por el estudio de la terminología con que se estudia a la Iglesia del siglo XVI; segundo, a la búsqueda de opciones nominales que la expliquen más acertadamente, y, tercero, a la brevedad profunda con que analiza el contexto y la obra de Jedin.

Que el autor intente dialogar con los historiadores en lengua inglesa a través del contenido de su escrito resulta importante para nosotros los hispanoparlantes. Esto es debido a que aquel idioma es el más conocido y leído fuera del castellano, lo que ha acarreado que, en ocasiones, se tomen algunos términos prestados en primera instancia y terminen siendo casi nuestros, sin reparar demasiado en si pueden resultar viables o no para nuestras propias áreas de estudio, o para la problemática histórica mexicana.

Resalta entonces el hecho de que obras como ésta conllevan a la reflexión de cómo, cuánto y hasta qué punto los términos expuestos en otras corrientes historiográficas se pueden utilizar dentro de nuestro propio quehacer histórico. □

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 126.

## LIBROS



Francisco Cervantes de Salazar, *México en 1554. Tres diálogos latinos*, edición facsimilar, introducción de Miguel León-Portilla, versión castellana de los diálogos de Joaquín García Icazbalceta, México, UNAM, Coordinación de Humanidades/Instituto de Investigaciones Bibliográficas/Instituto de Investigaciones Históricas, 2001, CXXIV-82 p. (Serie Documental, 25)

Esta obra, cuya reproducción facsimilar aquí se ofrece, incluye el más antiguo texto impreso acerca de la Universidad de México. Escrito muy poco después de que ella inaugurara solemnemente sus cursos el día 3 de junio de 1553, proporciona noticias sobre sus varias cátedras y quienes las tuvieron a su cargo. El autor de dicho texto fue el humanista, oriundo de Toledo, Francisco Cervantes de

Salazar. Seguidor del célebre Juan Luis Vives, lo imitó presentando su descripción de la recién creada universidad en forma de un diálogo en latín sostenido entre dos personas, un forastero de apellido Gutiérrez y un antiguo vecino de la ciudad llamado Mesa.

Este diálogo y dos más, también en latín, uno sobre el interior de la ciudad de México y otro acerca de sus alrededores, fueron publicados por Juan Pablos, primer impresor en la Nueva España.



María del Pilar Martínez López-Cano, *La génesis del crédito colonial. Ciudad de México, siglo XVI*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 2001, 388 p. (Serie Historia Novohispana, 62)

Desde los albores de la vida colonial, el crédito fue ampliamente utilizado. Las expediciones de conquista se financiaron en parte mediante este recurso; inmigrantes y funcionarios peninsulares que se dirigían a ultramar soliciaban con frecuencia algún tipo de avío para financiar su pasaje y hacerse de un capital inicial con el que asentarse en las nuevas tierras, y en el virreinato no hubo actividad económica o profesional que no acudiese a alguna práctica crediticia o de financiamiento.

En el libro se busca ofrecer una visión global del crédito en el siglo XVI. Para ello, se analizan el marco ideológico y legal en el que se desarrolló el crédito, los instrumentos utilizados, su relación con la circulación monetaria, la génesis del crédito de origen mercantil y eclesiástico, y el impacto del crédito en el ámbito laboral y en algunos sectores de la actividad productiva. El libro se cierra con unas consideraciones finales donde, a mane-

ra de epílogo, se relacionan las características del crédito en el siglo XVI con su desarrollo en los siglos XVII y XVIII, lo que permite trazar, a pesar de las diferencias observadas, una línea de continuidad en diversos aspectos y ver cómo desde sus orígenes el crédito colonial adquirió muchas de las características que marcaron su desenvolvimiento posterior.

Ignacio del Río, *Vertientes regionales de México. Estudios históricos sobre Sonora y Sinaloa (siglos XVI-XVIII)*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 2001, 150 p. (Serie Historia Novohispana, 66)

Contiene este volumen ocho estudios que, no obstante su diversidad temática, forman un conjunto en muchos sentidos unitario. Seis de ellos constituyen otras tantas monografías sobre aspectos poco estudiados de la historia de Sonora y Sinaloa en la época colonial, en tanto que los otros dos son más bien especies de ensayos, uno sobre un tema de carácter historiográfico y otro en el que se discute sobre la posible legitimidad y pertinencia de los estudios de historia regional en el México de nuestros días. Advierte el autor que la unidad de los estudios aquí incluidos no deriva tan sólo de los marcos temporales y espaciales comunes sino también del hecho de que fueron elaborados a partir de un mismo cuerpo de hipótesis generales sobre el siglo XVIII mexicano y, más particularmente, sobre la historia del noroeste de México en los tiempos de la dominación española.

Ignacio del Río es autor, entre otras varias obras, de *Conquista y aculturación en la California jesuítica, 1697-1768* (dos ediciones, 1984 y 1998) y *La aplicación regional de las reformas borbónicas en Nueva España. Sonora y Sinaloa, 1768-1787* (1995).



Claudia Agostoni y Elisa Speckman (eds.), *Modernidad, tradición y alteridad. La ciudad de México en el cambio de siglo (XIX-XX)*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 2001, 342 p. (Serie Historia Moderna y Contemporánea, 37)

En el cambio del siglo XIX al XX, gobernantes y grupos particulares se esforzaron por modernizar la organización política, la economía, la sociedad, la fisonomía y el espacio de la ciudad de México así como las ideas, las costumbres y los hábitos de sus habitantes. Sin embargo, la ciudad no llegó a ser un ámbito de progreso y de bienestar, pues diversas zonas y grupos quedaron al margen de los beneficios de la modernidad. La urbe fue, ante todo, un espacio de contrastes y de diferencias. Las instituciones y las ideas modernas, acogidas por algunos sectores de la sociedad, no terminaron con el México tradicional, y las innovaciones convivieron con ideas, prácticas o valores tradicionales.



---

No todos los grupos simpatizaron con la "modernidad": algunos defendieron o elaboraron propuestas alternativas.

El presente volumen da cuenta de los anhelos modernizadores, de los cambios o de las novedades, pero también de las permanencias y de las reacciones de las elites a los proyectos que se propusieron modernizar al país. Para ello reúne ensayos que abarcan diferentes planos de la vida social, contemplando actores, proyectos, ideas, prácticas, valores e imaginarios, desde la perspectiva de investigadores que provienen de diversas disciplinas como la historia, la sociología y la literatura.

#### PUBLICACIONES PERIÓDICAS



*Estudios de Historia Novohispana*, 25, julio-diciembre 2001.

#### Artículos

Dos periodos de conflicto en torno a la administración del diezmo en el arzobispado de México: 1653-1663, 1664-1680, *Leticia Pérez Puente*

Indeseables e indispensables: los vecinos españoles, mestizos y mulatos en los pueblos de indios de Michoacán, *Felipe Castro Gutiérrez*

El aprovisionamiento de agua en la Toluca colonial, *María del Pilar Iracheta Cenecorta*

Los maleficios de don Marcos Humuta. Orden y conflicto en una comunidad ópata de Sonora (Bacerac, 1704), *José Luis Mirafuentes Galván*

#### Documentaria

La memoria de gobierno del virrey duque de Albuquerque, 1710, *Iván Escamilla González*

#### Reseñas

Magdalena Chocano Mena, *La fortaleza docta. Elite letrada y dominación social en México colonial (siglos XVI-XVII)* (Enrique González González)

José Enciso Contreras, *Zacatecas en el siglo XVI. Derecho y sociedad colonial* (Felipe Castro Gutiérrez)

Eduardo Flores Clair, *Minería, educación y sociedad. El Colegio de Minería, 1774-1821* (Mariano Peset y José Luis Peset)

Virginia Guedea (coord.), *La independencia de México y el proceso autonomista novohispano, 1808-1824* (Brian Connaughton)

Rosalva Loreto López, *Los conventos femeninos y el mundo urbano de la Puebla de los Ángeles del siglo XVIII* (Francisco Morales)

Emma Pérez-Rocha y Rafael Tena, *La nobleza indígena del centro de México después de la conquista* (Pilar Máynez)

- 
- Emma Pérez-Rocha y Rafael Tena, *La nobleza indígena del centro de México después de la conquista* (José Rubén Romero Galván)
- Guadalupe Salazar González, *Las haciendas en el siglo XVII en la región minera de San Luis Potosí. Su espacio, forma, función material, significado y la estructuración regional* (Enrique Delgado López)
- Stanley J. Stein y Barbara H. Stein, *Silver, trade, and war. Spain and America in the making of early modern Europe* (Iván Escamilla González)
- Carmen Yuste López y Matilde Souto Mantecón (coords.), *El comercio exterior de México, 1713-1850* (Pedro Pérez Herrero)

*Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*,  
22, julio-diciembre 2001.

#### Artículos

- Cada quien sus héroes, *María José Garrido Asperó*
- Santa Anna y su guerra con los angloamericanos. Las versiones de una larga polémica, *María del Carmen Vázquez Mantecón*
- La Constitución de 1857 y el golpe de Estado de Comonfort, *Silvestre Villegas Revueltas*
- Una derrota diplomática crucial. La lucha por el reconocimiento norteamericano, 1914-1915, *Victoria Lerner Siegal*



#### Documentos

- Entrevista de José C. Valadés al general Plutarco Elías Calles, abril de 1936, nota preliminar de *Martha B. Loyola*

#### Reseñas bibliográficas

- Manuel Ortuño Martínez, *Xavier Mina: guerrillero, liberal, insurgente. Ensayo bibliográfico* (Martha Ilián Salgado Abrego)
- Antonia Pi-Suñer Llorens y Arturo Soberón, *México en el Diccionario universal de historia y geografía. Volumen I. Universidad, colegios y bibliotecas* (Ernesto de la Torre Villar)
- Laura Espejel López (coord.), *Estudios sobre el zapatismo* (Romana Falcón)
- Alicia Gojman de Backal, *Camisas, escudos y desfiles militares. Los Dorados y el antisemitismo en México, 1936-1940* (Carlos Martínez Assad)
- Elisa Servín, *Ruptura y oposición. El movimiento henriquista, 1945-1954* (Pablo Serrano)

# historia mexicana

Vol. LI

Julio-Septiembre, 2001

Núm. 1

- Alejandro CAÑEQUE *Cultura vicerregia y Estado colonial. Una aproximación crítica al estudio de la historia política de la Nueva España*
- Melchor CAMPOS GARCÍA *Faccionalismo y votaciones en Yucatán, 1824-1832*
- Clara E. LIDA y Carlos ILLADES *El anarquismo europeo y sus primeras influencias en México después de la Comuna de París: 1871-1881*
- Peter V.N. HENDERSON *Un gobernador maderista: José María Maytorena y la Revolución en Sonora*

---

## Historia Mexicana

Periodicidad: Trimestral (4 números)

| <u>País</u>    | <u>Instituciones e individuos</u> | <u>Ejemplar*</u> |
|----------------|-----------------------------------|------------------|
| México         | 300 pesos                         | 75 pesos         |
| Otros países** | 100 dls.                          | 30 dls.          |

\* Vigente o atrasado

\*\* Debe sumarse al costo de su suscripción, 4 dólares por gasto de envío

---

El Colegio de México, A.C., Dirección de Publicaciones, Camino al Ajusco 20, Col. Pedregal de Santa Teresa, C.P. 10740 México, D.F. Para mayores informes: 5449-3000, exts. 3090, 3138, 3278 y 3295. Fax: 54493083 o Correo electrónico: [emunos@colmex.mx](mailto:emunos@colmex.mx)

# SECUENCIA

Revista de historia y ciencias sociales



Núm. 50  
mayo-agosto 2001

Núm. 51  
septiembre-diciembre 2001

**Pedro L. San Miguel**

Las resistencias de los subalternos en la historiografía del Caribe

**Franco Savarino**

Una transición ambigua: la elección de Pino Suárez en Yucatán (1911)

**María Silvia Badoza**

Patrones, capataces y trabajadores en la industria gráfica. Un estudio de caso: Ortega y Radaelli, 1901-1921

**Silvestre Villegas Revueltas**

La deuda imperial y la doctrina republicana.

**Luis Jáuregui**

El Plan de Casa Mata y el federalismo en Nuevo León, 1823

**Eulalia Ribera Carbó**

Modernidad y servicios públicos en la conformación del espacio urbano del siglo XIX

**María José Garrido Asperó**

Los regocijos de un Estado liberal

Para una Historia

de la Psiquiatría en México

**Eric Van Young**

Ascenso y caída de una loca utopía

**Alberto Carvajal**

Mujeres sin historia. Del Hospital de La Canoa al Manicomio de La Castañeda

**Cristina Rivera-Garza**

Por la salud mental de la nación: vida cotidiana y Estado en el Manicomio General La Castañeda

**Ma. Cristina Sacristán**

Una valoración sobre el fracaso del manicomio de La Castañeda como institución terapéutica, 1910-1944

**Rafael Huertas**

Historiografía de la asistencia psiquiátrica en España

**Mónica Martínez**

La Castañeda desde adentro: entrevista a la enfermera Margarita Torres

## SUSCRIPCIÓN ANUAL

(3 núms. al año, incluye gastos de envío)

|  |            |
|--|------------|
| México                                   | \$ 200.00  |
| Sudamérica                               | US \$45.00 |
| EUA, Canadá, América Central y el Caribe | US \$40.00 |
| Otros países                             | US \$40.00 |

ENVIAR cheque o giro bancario o copia de depósito en cuenta no. 09097711068, suc. 090058 de Banca Serfin a nombre del Instituto de Investigaciones Dr. José Ma. Luis Mora.

Informes: Mtro. Jesús López Martínez  
Madrid 82, Col. Del Carmen Coyoacán, 04100, México, D. F.  
Tel./Fax (52) 55 54 89 46  
correo electrónico: [secuencia@institutomora.edu.mx](mailto:secuencia@institutomora.edu.mx)



Regresar a IIH | Publicaciones | Novedades | Publicaciones electrónicas

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS, UNAM

# Publicaciones electrónicas

Los textos se encuentran en formato PDF y para visualizarlos necesita Adobe Acrobat Reader

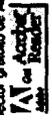
## Libros electrónicos

| Título de la obra  | Autor/Autores  |
|--|--|
| Inversiones, especulación y diplomacia. Las relaciones entre México y los Estados Unidos durante la dictadura santarruista | Marcela Terrazas y Basante   |
| La génesis del crédito colonial. Ciudad de México, siglo XVI   | Pilar Martínez López-Cano  |
| México en 1554. Tres diálogos latinos de Francisco Cervantes de Salazar  | Joaquín García Icazbalceta (versión cristallina de los diálogos), Miguel León Perilla (introducción) |
| Modernidad, tradición y alteridad. La ciudad de México en el cambio de siglo (200-200)                                     | Claudia Agustini y Elisa Speckman (editores)   |

Usted también puede consultar en PDF los últimos números de las revistas del Instituto Investigaciones en:



Si desea leer en PDF, usted necesita el lector gratuito de Adobe Acrobat



## Revistas electrónicas

Consulte nuestras publicaciones electrónicas en red

[www.unam.mx/iih/publicaciones/librosred.html](http://www.unam.mx/iih/publicaciones/librosred.html)



¿Para qué escribir historia si no se lo hace para ayudar  
a nuestros contemporáneos a confiar en el porvenir y a encarar  
mejor armados las dificultades que encuentran día a día?  
El historiador, por tanto, tiene el deber de no encerrarse en el pasado  
y de reflexionar asiduamente sobre los problemas de su tiempo.

GEORGES DUBY